

IDAD AUT
CIÓN GEN

EN NUE
BIBLIOT

SANCHEZ

SERMONES
VARIOS

EX 1756

S2

V. 10 N

C. 1

RABE

135788

2

411

BY APPOINTMENT

José Angel Benavides.



1080046330

C#2-C#43



SERMONES VARIOS
DE MISTERIOS.

TOMO X.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

SERMONES

VARIOS

DE MISTERIOS,

PREDICADOS

*Por su autor el P. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino, religioso de la Tercera Orden de
Penitencia de N. S. P. S. Francisco, lec-
tor jubilado, calificador del santo Oficio
Ec. morador en el convento de S. An-
tonio Abad de Granada.*

TOMO X.

Con las licencias necesarias.

Madrid: Por la viuda de Barco Lopez

Año de 1819.

38105

BW 756
S 2

SERMONES

V. 10

VARIOS

DE MISTERIOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135788



SERMON PRIMERO,

Para el día de la Encarnacion del
Verbo Eterno.

Dedit eis potestatem filios Dei fieri.
Joan. c. I.

SEÑORES:

Aunque el hombre por su natura-
leza sea inferior á los ángeles, ha
sido no obstante elevado por gracia
á tal grado de gloria, de exáltacion
y de grandeza, que excede la per-
fccion de estas sublimes intelligen-
cias; pues á ninguno de estos espí-
ritus bienaventurados, como reflexio-
na el Apóstol, ha dicho jamas el Se-
ñor: *Tú eres mi Hijo; yo te he engen-
drado hoy.* ¡Gloria inefable del hom-

BW 756

S 2

V. 10

SERMONES

VARIOS

DE MISTERIOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135788



SERMON PRIMERO,

Para el día de la Encarnacion del Verbo Eterno.

Dedit eis potestatem filios Dei fieri.
Joan. c. I.

SEÑORES:

Aunque el hombre por su naturaleza sea inferior á los ángeles, ha sido no obstante elevado por gracia á tal grado de gloria; de exáltacion y de grandeza, que excede la perfeccion de estas sublimes inteligencias; pues á ninguno de estos espíritus bienaventurados, como reflexiona el Apóstol, ha dicho jamas el Señor: *Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy.* ¡Gloria inefable del hom-

bre! haber recibido el privilegio de ser hijo de Dios, y dividir, para decirlo así, este glorioso título con el Verbo encarnado, viniendo á ser por adopcion lo que Jesucristo por naturaleza.

¡Elevacion incomprehensible! cuyo origen y principio es el misterio augusto de la Encarnacion del Verbo. Este maravilloso compuesto de Dios y Hombre es el medio inefable de que se sirvió el Señor para llenar el inmenso vacío, que parece debia causar una eterna separacion entre Dios y los hombres. Esta es la verdadera escala, figurada en la de Jacob, por la cual descendió hasta nosotros, asociándonos á su naturaleza divina, y dándonos la potestad de ser sus hijos: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*. Pues al modo que los mares y los rios, segun la comparacion de un sabio, unen á las naciones mas remotas, haciendo pasar las riquezas del oriente al occi-

dente, y las del aquilon al medio dia, para que sean comunes los bienes del universo, así el Verbo encarnado, hablando con la debida proporcion, vino á ser como un profundo mar de aguas saludables, sobre las cuales se eleva la nave de la Iglesia hasta lo alto de la montaña santa, empório admirable del comercio establecido entre Dios y el hombre.

Figuraos, señores, aquellas aguas, que saliendo de los canales en que el arte las ha encerrado, conservan aún la impresion ó impulso de su primer movimiento, y suben tan altas como su origen, y hallaréis cierta semejanza de estas aguas divinas que bebemos en las fuentes sagradas del Salvador, fuente de agua viva, que salta hasta el cielo; origen de todas las gracias, que tienen virtud de sanar; pues saliendo de este canal divino, se remontan hasta la Divinidad, de donde descienden, y dan al

hombre, á quien han reengendrado, la potestad de ser hijo de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.*

Hé aquí, señores, el grande, el inefable bien concedido al hombre en el misterio adorable de la Encarnacion que celebramos este dia. Mas como las obras de Dios en el orden de la gracia exigen para su perfecto cumplimiento la cooperacion del hombre, juzgo a propósito para vuestra instruccion, exponeros en primer lugar: *Lo que Dios hizo por el hombre en el misterio de la Encarnacion;* y en segundo: *Lo que nosotros debemos hacer para cumplir con los designios que tiene Dios sobre nosotros en este misterio.* Imploramos la asistencia del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa y Madre nuestra. *Ave Maria.*

Dedit eis potestatem &c.

Nada mas despreciable que el hombre abandonado á sí mismo; pero nada mas elevado que este mismo hombre unido á Dios. Á pesar del fondo de miseria que encierra, sus sentimientos de grandeza y de elevacion no tienen límites. Lleno de una viva y secreta impresion de su origen, se halla en un estado de violencia, mientras se considera en situacion inferior al principio de donde ha descendido. Hecho á imagen de Dios, solo en Dios puede ser feliz, y solo Dios es capaz de saciar completamente su apetito de gloria y de grandeza. El Verbo en efecto halló el medio de llenar esta capacidad sin límites del corazón humano, tomando carne en el vientre virginal de María, y haciéndose hombre, para que el hom-

bre viniese á ser Dios, como S. Agustín se explica: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus.*

El deseo pues que tiene el hombre de elevarse cuando es inspirado por el amor propio, desarreglado por la culpa, ó dirigido por los apetitos criminales, es el origen de su perdición y su ruina. Mas si este apetito de elevacion y de grandeza es inspirado de Dios, sostenido por su gracia y arreglado á su religion, conduce á la vida eterna. Asi cuando el demonio envidioso de la felicidad del hombre, quiso arrastrarle al precipicio en que él mismo habia caido, despertó en su corazón el amor de su propia excelencia. Lisonjeóle con la esperanza imaginaria de ser como Dios, quitándole su verdadera grandeza por medio de una promesa falsa: *Eritis sicut dii.* Pero el Redentor, oponiendo las adorables invenciones de su amor á los nocivos artificios del espíritu tentador, se sir-

vió del mismo sentimiento de elevacion, impreso en el corazón del hombre, para sacar la reparacion de su infelicidad, de lo que habia sido su causa. ¡Hombre inobediente y soberbio! tú te habias perdido por aspirar á una semejanza con Dios, orgullosa é independiente. Pero tú serás salvo por el deseo sincero de una semejanza santa, religiosa y sumisa á este Dios mismo, cuyo secreto y medios te ha manifestado en el adorable misterio de su Encarnacion: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus.*

Para formar alguna idea de este misterio, no debemos perder de vista que la union de la persona del Verbo con nuestra naturaleza es denotada por el término *Uncion*. Cristo en efecto significa el ungido del Señor, para darnos á entender que la naturaleza divina es como un sagrado óleo, con que la humana, para decirlo así, ha sido toda ungida y

penetrada por medio de esta unión inefable. Por manera, que sin mutación de una naturaleza en otra, tomó el Verbo las enfermedades humanas, y al hombre se comunicaron las perfecciones divinas. De Cristo en efecto se dice con verdad que fué pobre, súbdito, obediente, pasible y mortal, sin dexar de ser inmortal, infinito, independiente, omnipotente y Señor universal.

¿Y cuál otro ha sido su designio en este adorable misterio: sino extender en el modo posible esta comunicación inefable á todos los hombres? Pues aunque la substancia de este óleo celestial solo ha sido inmediatamente derramada sobre la humanidad de Jesucristo, que recibió la plenitud de la divinidad, sin embargo, el perfume de esta unión adorable y de esta divina Esencia se extendió, dice S. Agustín, sobre toda la tierra. El vaso en efecto que contenía este precioso bálsamo se

quebró sobre la cruz, para que su buen olor llenase á todo el universo por medio de la gracia de la Redención, que ha merecido á todos los hombres, cuyo inefable misterio tuvo origen en el de la Encarnación. Esta gracia pues es como una sutil participacion de la divinidad, ó como una preciosa levadura que purifica toda la masa corrompida de Adán cuando se le mezcla por la aplicación de los méritos de Jesucristo, de quien se revisten los que reciben esta gracia por el canal de los Sacramentos y por los actos de la religión, quedando divinizados en cierto modo, segun aquella expresion: *Ego dixi dii estis*. Y hé aqui lo que hizo decir al Evangelista, que el Verbo haciéndose carne, había dado á todos los hombres la potestad de ser hijos de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*.

Si quereis pues formar alguna idea asimismo del sublime grado de gloria

á que os ha elevado el misterio de la Encarnacion, considerad la sagrada piscina del Bautismo, en que habeis sido reengendrados, á manera del seno de María, en que se concibió el Verbo divino. Aquí toma el Señor una naturaleza humana, y en el Bautismo se nos comunican dones de una naturaleza divina. La operacion del Espíritu Santo hizo fecunda á una vírgen en el misterio de la Encarnacion; y esta operacion misma da en el Bautismo una infinidad de hijos espirituales á la Iglesia. La operacion del Espíritu Santo hizo que naciese un Dios de una doncella; y la misma operacion hace que nazcan espiritualmente de Dios los hombres. ¡Qué alteza! ¡qué dignidad, señores! Recibida una nueva vida en estas aguas suladables, no considereis ya la masa impura, ni la senda ignominiosa por donde se ha multiplicado la posteridad de Adan. Vosotros no sois ya en este feliz estado

hijos de ira y de miseria, porque habeis entrado en los derechos de hijos de Dios: participais en cierto modo de sus inefables perfecciones: sois herederos de sus riquezas, y baxo este respecto no sois ya hijos de la carne y de la sangre, sino del mismo Dios: *Ex Deo nati sunt.*

¡Regocijaos, mortales! No mireis ya á vuestro cuerpo como un peso ignominioso que menoscaba la dignidad de vuestra alma. Desde la Encarnacion del Verbo es ya esta carne el principio de vuestra gloria. El Evangelio en efecto nos dice, que el Verbo se ha hecho carne: *Et Verbum caro factum est.* No porque no haya tomado igualmente el alma que el cuerpo de hombre, sino porque se unió al espíritu del hombre, para tomar al mismo tiempo la carne, de la cual necesitaba para padecer y ser la víctima de reconciliacion entre el cielo y la tierra: *Corpus autem aptasti mihi.* Alabada sea, ¡ó mi Dios! vues-

tra misericordia, que os dignasteis tomar lo mas humilde que hay en el hombre, para elevarle á la incomparable dignidad de hijo vuestro.

Si, el seno de María, donde el Verbo encarnó, es, para decirlo así, la primera cuna de todos los cristianos. Ellos vienen todos á ser hijos de Dios, miembros de una Cabeza divina, y hermanos del primogénito entre los escogidos. La inefable gloria que recibe la naturaleza humana por su unión con el Verbo, se extiende sobre la posteridad de Adán, que viene á ser en cierto modo la familia de Jesucristo. La operación divina del Espíritu Santo, que da una vida humana al Salvador del mundo, da asimismo una vida divina á todos los que renacen por su gracia en el sacro Bautismo.

Este gran misterio de la regeneración espiritual del hombre, preparado por la Encarnación del Verbo en el vientre virginal de María, y

explicado por el mismo Jesucristo á Nicodemus, es el origen de nuestra mayor exáltación, que consiste en ser hijos de Dios y coherederos de su Unigénito. ¿Y quién ha dudado jamas que todas las gracias concedidas al hombre desde el principio del mundo dimanen de Jesucristo? Los patriarcas y justos de la ley antigua ¿no fueron santificados en la fe del Mesías, como testifica S. Pablo? ¿Pero qué mucho? ¿Ignorais por ventura que segun el parecer de algunos padres antiguos, los ángeles bienaventurados no fueron confirmados en gracia hasta haber adorado á Jesus: *Et adorent eum omnes angeli ejus?* ¿De dónde provino la caída de los ángeles apóstatas, sino de haberse rebelado contra este su divino Criador?

¿Qué mas? Cuando nacemos al mundo recibimos con la vida natural la imágen y semejanza de la divinidad; pero al renacer por la gracia

en el Bautismo recibimos el Espíritu de Dios. Marcados con el caracter inefable de hijos suyos, somos hermanos de Jesucristo, coherederos de su gloria, y templos vivos del Espíritu Santo. ¡ Señor! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él que tanto le engrandeces? ¿Cómo es que por vuestra Encarnacion le habeis coronado de gloria y de honor, constituyéndole sobre todas las obras de vuestras manos? Reconoced, señores, reconoced vuestra altísima dignidad de hijos de Dios por gracia y por adopcion; y si aspirais á ser eternamente felices, corresponded con gratitud á tan singulares beneficios. Despues de haber considerado lo que Dios ha hecho por el hombre en el misterio de la Encarnacion, es necesario mediteis bien lo que el hombre debe hacer por Dios, para corresponderle agradecido. Segunda reflexion de este discurso, que expondré con la posible brevedad.

II. Con dos fines principalmente propone la santa Iglesia á sus hijos el beneficio de la Encarnacion del Verbo. En primer lugar, para que renueven los votos y oraciones de los antiguos patriarcas; y en segundo, para que imiten las disposiciones y sentimientos de María santísima cuando le fué anunciado este misterio. Hé aqui el modo de corresponder con gratitud á tan singular beneficio. Meditad pues en este santo dia las figuras divinas, las adorables profecías de tan sublime misterio.

Esta es, señores, la digna ocupacion que la Iglesia exige de vosotros; la que desea resuene en sus augustos templos; la que pone en boca de sus ministros, y la que sirve de materia en sus oraciones y cánticos. Renovad pues á los pies de los altares los votos y oraciones de los santos patriarcas. Meditad aquellas admirables palabras que canta la Iglesia nuestra madre con tanta solemnidad, devocion y

ternura, á fin de inclinar á su divino Esposo á que descienda y renazca espiritualmente en el corazón de sus hijos. Entrad, os ruego, en los sentimientos de los patriarcas, que llenos en su espíritu de la idea de tan sublime misterio, lograron recibir en la antigua ley las bendiciones de la nueva.

El Señor en efecto toma en las santas escrituras el nombre de Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y quiere ser apellidado con esta bella denominacion por todas las generaciones. Nombre inefable, que conviene particularmente al Verbo encarnado, cuyas mas brillantes figuras fueron aquellos patriarcas. Abraham vió desde lejos el día del Señor, y fué transportado en alegría cuando le fué revelado el gran misterio que acababa de representar tan vivamente en el acto mismo de querer sacrificar á su hijo Isaac, en quien le habian sido hechas las promesas. Isaac le te-

nia presente en el espíritu, cuando engañado por el misterioso artificio de Rebeca, dió su paternal bendicion á Jacob, que cubierto de pieles y de los vestidos de Esaú, representaba al vivo á Jesucristo, cubierto con la apariencia del pecado, sin incurrir en su malicia. Jacob asimismo penetrado de tan gran misterio, y estando para morir, al dar á sus hijos las bendiciones proféticas, cuando llegó á Judas, de cuya tribu debia nacer el Salvador del mundo, pronunció la célebre profecía que leemos en el Génesis, en que lo llama *Expectacion de las gentes*. Lleno Moisés de esta misma idea, y queriéndose excusar de ir á la presencia de Faraon de parte de Dios, que le habia elegido para libertar de la esclavitud de Egipto al pueblo de Israel, temiéndose por indigno de tan alto misterio, exclama: *Enviad, Señor, á quien debeis enviar: mitte quem missurus es: haced descienda del cielo el*

verdadero Salvador de vuestro pueblo y la esperanza de Israel, que nosotros deseamos. *de Hebr. 11. 19.*
 Dichoso pues el cristiano que en este día solémente renueva en su corazón con el fervor posible los ardientes deseos de aquellos santos patriarcas, diciendo con la Iglesia: ¡O Sabiduría eterna! que saliste de la boca del Altísimo, y que dispones todas las cosas con fuerza y con dulzura, ven á enseñarnos la prudencia de la salud. ¡O Adonai! jefe de la casa de Israel, que apareciste á Moysés entre las llamas de la zarza, y le diste la ley sobre el monte Sina, ven á librarnos, extendiendo tu brazo omnipotente, para sacarnos de la esclavitud. ¡O raíz de Jesé! dada en signo á los pueblos, en cuya presencia los reyes guardarán silencio, y á quien las naciones dirigirán sus votos, date prisa á venir, y no retardes el momento feliz de nuestra libertad. ¡O Haze de David! que abres, y na-

die cierra, que cierras, y nadie abre, ven á abrir la prision y quebrar los fierros que tienen al hombre esclavo. ¡O celestial oriente! esplendor de la luz eterna, sol de justicia, ven á iluminar á los que yacen en tinieblas y entre las sombras de la muerte. ¡O Rey de las naciones! piedra angular, que reúnes en un mismo cuerpo la Sinagoga y la Iglesia, ven á salvar al hombre que sacaste del barro para formarlo á vuestra imagen. ¡O Manuel! Rey nuestro y Legislador, deseo y esperanza de los pueblos, ven á obrar la salud que esperamos de ti, que eres nuestro Dios y nuestro único refugio.

Aplicad pues á vuestras necesidades particulares estas oraciones universales de la Iglesia, y en medio de vuestras tribulaciones clamad al Señor: ¡Salvador del mundo! Libertador de Israel, que con el poder de vuestro brazo sacaste á vuestro pueblo de la dura esclavitud de Egipto,

venid á librarme de la tiranía de esta pasión imperiosa que me domina: romped los vínculos de este hábito, de quien soy esclavo: destruid este muro de separacion que ha elevado la carne entre vos y mi espíritu. ¡Sabiduría eterna! ¡luz divina! hacedme conocer la triste situacion en que me tienen mis pasiones, y las funestas consecuencias á que estoy expuesto. ¡Oriente celestial! que viniste á iluminar el mundo, venid á disipar la espesa nube que cubre mi alma, y descubridme las sendas de la salud. Probadme, Señor, exáminad mi corazon; dadme á conocer la senda por donde debo caminar; y conducidme á la vida eterna: *Proba me Domine, et scito cor meum; vide si via iniquitatis in me est, et deduc me in via eterna.*

Así debe explicarse el alma fiel que desea celebrar dignamente el adorable misterio de este día. Mas para ello es preciso entrar en los sen-

timientos de María desde el momento en que el ángel le anunció la Encarnacion del Verbo en sus entrañas. Esta es la principal disposicion que Dios exige de vosotros.

¡Cuánto desearia, señores, poderme elevar sobre mi propia debilidad, para trazaros una viva imágen de tan inefable misterio, fecundo manantial de las gracias y dones del Altísimo; para representar este momento feliz en que el Verbo, para regocijo del cielo y de la tierra, tomó nuestra humanidad en el seno de la mas pura de las vírgenes, y quebrantó las cadenas que tenian cautivo al hombre baxo el yugo del demonio! ¡Ó Espíritu divino! derramad sobre mis labios alguna centella de este sagrado fuego, que purifica cuando os agrada la lengua de vuestros ministros. Separad, Señor, de mis palabras todo adorno profano en materia tan sagrada, y haced que mi voz débil se mezcle en este día con

los cánticos de los ángeles y de los santos, que os alaban sin cesar.

El tiempo era venido en que el Mesías debía aparecer sobre la tierra. La casa de Judá veía trasladado á otras manos su cetro. La corona de sus reyes legítimos ceñía la cabeza de un usurpador. Todo denotaba el fin de aquellos días misteriosos que habia vaticinado Daniel. La Sabiduría eterna, pródiga de sus gracias, las habia derramado con profusion sobre María, para prepararse un templo digno de su habitacion. Esta incomparable Virgen habia correspondido con una fidelidad sin igual á una gracia sin exemplo. Ella unía la sangre de los reyes al esplendor de las virtudes. La gracia que recibió en el primer momento de su Concepcion, y que siempre fué creciendo, habia en fin llegado á este grado de excelencia, que debia servir de última preparacion á la Encarnacion del Verbo en sus entrañas. ¿Qué mo-

mento, señores! Los cielos se inclinan: las nubes llueven al Justo: el Señor descende sobre su tabernáculo: conducido el Altísimo sobre las alas de los vientos, vuela del cielo á la tierra, y nace en tiempo el Eterno.

Considerad á María en el momento de la anunciacion del ángel, penetrada de los gemidos de la naturaleza humana. ¡ Ah! ¿quién no ve á esta miserable esclava del pecado, dice un padre de la Iglesia, postrarse en este instante á los pies de María, manifestándola sus llagas, y esperando el consentimiento decisivo, de donde pendia nuestra redencion? Avivad aqui vuestra fe, añade este padre, para oír aquel grande *fiat* ó *hágase*, aún mas maravilloso que el de la creacion del cielo y de la tierra; pues por medio de él vino en aquel momento á ser la verdadera Madre de un Dios Hombre, Salvador del mundo. *Bibibulo, el unicusq;*
 ¿Quién pudiera, señores, pene-

rrar la santa obscuridad de esta nube misteriosa que envuelve la gloria del Altísimo! ¿quién pudiera descubrir las operaciones del Espíritu Santo en su Esposa María! ¿Quién pudiera ver á los cielos abrirse y destilar al Salvador en aquel seno virginal, como una preciosa gota de rocío que cae sobre una flor! ¿Quién pudiera ver el respeto y veneración con que recibió esta Señora aquel precioso depósito que el cielo la confiaba! ¿Con qué humildad tan profunda postraba su espíritu á presencia de este Dios anonadado! ¿Con qué santa impaciencia no suspiraba por el momento feliz de dar á luz al Sol de Justicia Cristo, cuya aurora la había el Señor constituido!

¡Ah! ¡luces limitadas de nuestro entendimiento! ¡débiles expresiones del espíritu humano! ¿qué poco propias sois para sostener la dignidad, y penetrar la profundidad de estos adorables misterios! ¡Ó cuánto se-

ría de desear, que ocupando los ángeles el lugar de los hombres, tratasen de estos grandes asuntos de un modo digno de la expectacion de los fieles! ¿Pero qué digo? haced, Señor, que cada uno de mis oyentes se hable á sí mismo. Juzgad, os ruego, de lo que pasa en el interior de María, llevando en sus entrañas el precio inestimable de nuestra redención, y esperando el momento deseado de manifestarlo al mundo; juzgad, digo, de su espíritu por aquel cántico admirable de la *Magnificat*, en que igualmente resplandece su humildad que su reconocimiento y gratitud á los beneficios del Señor. Ni perdais de vista la conversacion que tuvo en la montaña con santa Isabel su prima: conversacion divina, dice S. Ambrosio, en que dos madres, animadas del espíritu de sus hijos, pronunciaron tantos oráculos como palabras; y hé aqui lo que yo os propongo por materia digna de vues-

tra meditacion en este dia.

Asi en efecto debemos preparar las sendas del Señor, y disponernos á recibir la gracia de un nacimiento espiritual. ¡Mas ah! (permitidme, señores, me lamente) ¿dónde estan los cristianos que desempeñan con fidelidad estos deberes esenciales de la religion? ¿dónde los que debidamente manejan el importante, el único negocio de su salud eterna? ¿dónde los que aprovechan estos dias preciosos, en que la misericordia de Dios se derrama con mas profusion sobre los fieles?

¡Ah! no perdamos, hermanos míos, el tiempo de merecer, no abusemos de la paciencia y longanimidad del Señor que nos espera: no atesoremos la cólera de Dios para el dia de sus venganzas: no pasemos los de nuestra vida en una inutilidad criminal; ni nos contentemos con manifestar á los pies de los altares una piedad aparente y superficial en es-

tas sagradas solemnidades que renueva la Iglesia anualmente para nuestra edificacion. Entrad pues, os ruego, en el espíritu de la religion, y para dar gracias á Dios, que os ha elevado á la altísima dignidad de hijos suyos por el misterio de la Encarnacion, corresponded á tan incomparable beneficio por medio del amor y de la caridad.

¡Señor! dignaos dar en este momento eficacia á vuestra divina palabra. Ella empieza á formaros en las almas; por ella obrasteis nuestra creacion, y consumasteis la obra de nuestra redencion; ella encierra el germen de esta divina adopcion á que fuimos destinados por este adorable misterio. Haced pues que esta santa palabra prepare la tierra de nuestros corazones, á fin de que produzcan frutos de vida eterna. Vos, Señor, comenzasteis vuestra imagen al criarnos: Vos la reparasteis redimiéndonos del pecado; perfeccionad-

la santificándonos: acabad vuestra obra, y despues de habernos hecho racionales por la naturaleza, hijos adoptivos por misericordia, santos por vuestra gracia, dignaos hacernos participantes de vuestra gloria. Amen.

DIXE.



SERMON II.

Para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo.

Hoc erit vobis signum, inuenietes infantem pannis involutum, et positum in præsepio. Luc. c. II.

SEÑORES:

Solo la religion cristiana es capaz de elevar nuestro espíritu á la alteza de los misterios que la fe nos propone. Mas toda su santidad y excelencia son apenas suficientes para remover la aparente baxeza del objeto que nos presenta en este dia. Un Infante envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre, ¿son signos apropósito

C

la santificándonos: acabad vuestra obra, y despues de habernos hecho racionales por la naturaleza, hijos adoptivos por misericordia, santos por vuestra gracia, dignaos hacernos participantes de vuestra gloria. Amen.

DIXE.



SERMON II.

Para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo.

Hoc erit vobis signum, inuenietes infantem pannis involutum, et positum in præsepio. Luc. c. II.

SEÑORES:

Solo la religion cristiana es capaz de elevar nuestro espíritu á la alteza de los misterios que la fe nos propone. Mas toda su santidad y excelencia son apenas suficientes para remover la aparente baxeza del objeto que nos presenta en este dia. Un Infante envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre, ¿son signos apropiados

C

para conocer á un Dios? ¿Es man-
sion ésta digna de aquel Mesías es-
perado de tantos siglos, anunciado
por tantos oráculos, vaticinado por
tantos profetas, y designado por tan-
tas figuras? ¿Es éste el deseado de
las naciones, la esperanza de Israel,
el terror de los demonios, el Reden-
tor del mundo, el reconciliador del
cielo con la tierra? ¡Ah! reconozca-
mos, señores, por estos signos del
Verbo encarnado, la admirable con-
ducta de su eterna Sabiduría.

En dos estados se manifiesta Dios
claramente, en el de la naturaleza y
en el de la gloria. En orden al pri-
mero, basta contemplar las maravi-
llas del universo para ser convenci-
dos de la grandeza de su Criador.
Por lo que hace al segundo estado, si
elevais vuestro espíritu á considerar
las bellas imágenes de la celestial Je-
rusalen, que S. Juan nos dexó dibu-
xadas en su Apocalipsis, vereis bri-
llar toda la magnificencia de Dios,

que parece habere revestido de ma-
gestad y de gloria para ser conocido
y adorado por los hombres.

Mas entre el de la naturaleza y de
la gloria hay un estado medio, en que
Dios solamente hace brillar los rayos
de su Divinidad al través de las mas
humildes apariencias; porque siendo
su designio que el hombre reconocie-
se su elevacion sin orgullo, y su hu-
millacion sin envilecerse, quiso ele-
varnos hasta sí, humillándose hasta
nosotros; quiso, digo, ser adorado
baxo la forma de un Infante pobre,
cubriendo toda su grandeza baxo la
pequeñez, todos sus tesoros baxo la
pobreza, todo su poder baxo la de-
bilidad, á fin de combatir el orgullo
del hombre, que viene del pecado,
sin quitarle el sentimiento de su pro-
pia excelencia, que dimana de Dios.

El designio pues del Verbo encar-
nado en este dia me conduce como
por la mano á la materia de un dis-
curso, en que os haré ver, que estos

signos indicados por los ángeles á los pastores, para que conciesen á Jesucristo, son muy apropósito: primero, para humillar el orgullo del espíritu humano: segundo, para manifestar al hombre la senda de su verdadera felicidad: dos breves reflexiones dignas de esta cátedra, y acomodadas á vuestra instruccion. Implorémós, para obtener las luces del Espíritu Santo, la poderosa intercesion de su Esposa. *Ave Maria.*

Hoc erit vobis signum &c.

No habiendo el mundo conocido á Dios en las obras de su sabiduría, quiso instruirlo, segun el Apóstol, por medio de una conducta al parecer extravagante, y darse á conocer al hombre trastornando todos sus conocimientos. ¿Qué cosa en efecto mas extravagante y mas insensata en

apariencia, que exigit ser adorado, en un pesebre y sobre una cruz? ¿Qué cosa, repito, mas extravagante al parecer, que dar los ángeles por signos del Rey del cielo y de la tierra un establo, dos animales y un Infante envuelto en pañales, y esto á unos pastores incapaces de penetrar por sí mismos las grandezas del Rey invisible é inmortal baxo tan humildes apariencias?

Con todo, es preciso confesar que esta conducta del Señor es mucho mas admirable y mas apropósito para atraer nuestras adoraciones, que las obras de su poder en la creacion del mundo. Por manera, que esta primera aparicion de un Dios hecho Hombre le hace aún mas acreedor, para decirlo así, á nuestro amor y culto, que toda la pompa visible de las criaturas, que fueron y son obras de sus manos. Para manifestaros este pensamiento me apoyo en dos razones: Primera, porque en esta aparicion se

descubre mejor la omnipotente Sabiduría de Dios. Segunda, porque es mas propia de los designios del Verbo encarnado, que vino á curar el orgullo del hombre, humillándolo para ensalzarlo. Reflexemos.

Figuraos, señores, que este Hombre Dios hubiera nacido con toda la pompa imaginable. Formadle allá en vuestra mente una cuna mas rica que todos los tronos de los reyes. Si lo considerais bien, os parecerá menos grande con esta magestad visible, que sobre el pesebre de Belén, porque toda la grandeza humana es nada delante de Dios: *Sicut nihilum ante te.* Los lirios que nacen en los campos ¿no estan mas ricamente adornados que Salomón en toda su gloria? Seria pues indigno del Verbo encarnado buscar magnificencia en otra cosa que en si mismo, ó querer sacar un vano esplendor de lo que es aun mas despreciable á sus ojos, que las pajas sobre que está reclinado; porque to-

da la gloria de la carne cae como la flor de la yerba, segun la expresion de S. Pedro. Era pues necesario que lo poseyese todo, como lo hace en el cielo, ó que todo lo despreciara, como lo hizo en el establo, para tener una especie de infinidad en sus humillaciones, como en sus grandezas, pasando del colmo de la gloria al centro del abatimiento. Los príncipes de la tierra nacen entre la púrpura; pero el Rey del cielo quiso nacer entre pajas; porque el mundo, que es obra de sus manos, no es digno de tanta magestad. Como Criador del universo puso en el sol su trono; mas como Redentor, solo quiere por palacio un establo, por cuna un pesebre, y una cruz por trono.

Paréceme pues, señores, paréceme ver todas las riquezas y pompas del siglo rodando á los pies de este divino Infante. ¿Qué esplendor en efecto hubiera podido sacar del oro, de las perlas, de las piedras precio-

sas el que con sola su palabra formó el sol, padre de todos los tesoros? ¿Pero qué digo? aunque débil y enfermo en apariencia, ¿no es llamado Dios fuerte por el profeta Isaías? Esta flor de la raíz de Jesé, que aparece ajada y seca, no es el gérmen del Señor, que debe elevarse con magnificencia? ¡Ah! este Infante quebrantará algún día la cabeza de la serpiente, y destruirá con un soplo al dragon infernal: expresion figurada, de que se sirve Isaías para denotar la virtud omnipotente de Jesus nacido en un establo.

Contemplad, os ruego, este grande objeto que la fe nos presenta. Acercaos en espíritu al pesebre para ver á este Dios oculto, que entre las tinieblas de la noche y en la indigencia de todo se hace pobre para enriquecernos. Este Infante que nace en un establo desierto, abandonado de todas las criaturas, es su Criador, y á quien ellas obedecen: es la eterna

Sabiduría, que asiste á todos los consejos de Dios: Sabiduría adorable, oculta baxo los miembros de este Infante, y engendada en el esplendor de los santos: Sabiduría inefable, que reducida por nuestro amor á desnudez y á pobreza, derrama sin embargo á manos llenas las riquezas de su poder sobre sus criaturas, mirando como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres, y regocijándose en esta infinita variedad de rasgos que la figuran, para atraer nuestros homenages.

¡Hombre ingrato! tú que no has querido conocer á esta divina Sabiduría en las obras de su magnificencia, reconócela en la pobreza del establo. Colocado en este soberbio edificio del mundo para adorar al Criador, y colmado de tantos beneficios, no te has dignado levantar los ojos ácia tu bienhechor, que los ha derramado sobre ti con tanta profusion: adora ya á tu Dios, cuyo amor inge-

nioso, despues de haber hecho hablar las maravillas del cielo y de la tierra, le ha sugerido un nuevo medio de persuadirte desde la cátedra del pesebre, donde te da las mas importantes lecciones sobre su Divinidad, Omnipotencia y Sabiduría.

Pudo Dios, dice S. Leon, haberse unido á la naturaleza angélica, atacando al demonio en su misma fortaleza, y haber destruido todo su poder en un momento; pudo haber derribado de un golpe los templos y las estatuas que le habian erigido la ignorancia de los hombres. Pero esta victoria, añade, hubiera sido menos gloriosa para Dios, y menos ignominiosa para el demonio. Convenia pues fuese vencido por aquella misma naturaleza que él habia subyugado. Era menester fuera un Infante quien le diera los primeros golpes, y que la bestia infernal fuese encadenada por unos brazos envueltos con faxas. Era conveniente que este leon

bravo fuese arrojado en tierra por un manso Cordero, para que de este modo fuera mas ilustre la victoria, y de mayor ignominia al vencido. ¡Abismos, estremeceos! ¡temblad, furias infernales! porque Infante como es, hace enmudecer vuestros mas célebres oráculos. Los rayos de este sol, aunque eclipsado, formando nuevos astros en el mundo, penetran las mas espesas tinieblas de la idolatría. Los fundamentos de la Iglesia se zanzan, y la paz entre el cielo y la tierra se publica. ¡Qué rasgos tan luminosos no nos descubre la fe en este adorable misterio!

En efecto, señores, ¿qué veis en el establo ó cueva de Belén, sino objetos celestiales? Penetrad las nubes de esta infancia: disipad con la antorcha de la fe las sombras de esta pobreza: corred los velos de esta humillacion, y quedaréis deslumbrados por el resplandor de la divinidad que habita corporalmenten en este In-

fante, cuya presencia hace que sea mas venerable este pobre establo que el templo de Salomon en toda su magnificencia. Allí vereis al Verbo abreviado, que para elevarnos se ha humillado hasta nosotros. Este adorable Párvulo que se nos ha dado, es segun los profetas el Admirable, el Consejero del Altísimo, el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz, que hace su entrada en el mundo en silencio, sin magestad, sin pompa, sin aparato, cual convenia al Rey invisible de los siglos, cuyo Reyno, que no tendrá fin, no es de este mundo.

De aqui se infiere, que uno de los principales designios del Verbo encarnado en el misterio de su Natividad, en que unió la inmensidad con la pequeñez del hombre, fué elevar á este, humillándose; dándonos á conocer su grandeza, su poder y su sabiduría; pero trastornando al mismo tiempo todas las ideas que los docto-

res de la ley, los sabios de Israel habian formado acerca del Mesías. Sí, señores, era necesario conforme á su oráculo, que confundiese la sabiduría de los sabios y prudentes segun la carne.

Vos, ¡ó mi Dios! escondisteis vuestros misterios á los sabios arrogantes, y los revelasteis á los párvulos, á los humildes de espíritu, dexando en tinieblas á los doctores presuntuosos de la ley, porque á imitacion de los filósofos (que despues de haber conocido á Dios, no le glorificaron como á tal), á pesar de toda su ilustracion, vinieron á ser ciegos por su orgullo. ¡Ah! ¡infeliz investigador de la Magestad! tú serás oprimido del peso de su gloria, y tu entendimiento obscurecido palpará tinieblas mas espesas que las de Egipto.

Para impedir pues este abuso criminal que el entendimiento humano suele hacer de sus conocimientos, se dignó la eterna Sabiduría conducir-

nos á la verdadera luz por la senda segura de la humildad: quiso, digo, dársenos á conocer no solo cubierro de las nubes de nuestra humanidad, sino envuelto entre las sombras de la pobreza y de la infancia, para darnos el exemplo de humildad profunda con que debemos reconocer y adorar á un Dios tan profundamente humillado por nuestro amor. ¡Aplicate, razon humana! aplicate á penetrar las sombras misteriosas que te ocultan á este Dios que deseas conocer. Este es el mas noble uso que puedes hacer de tus luces. Pero no marches por esta senda oscura sin la guia de una fe humilde y sumisa, no sea que te precipites en racionios soberbios, y te pierdas en vanos pensamientos. Adora á este tierno Infante envuelto en faxas, y reclinado en un pesebre. ¡Ó cuán elocuente es su adorable silencio!

Entrad pues con la mente en el establo, y oíd una voz que os dice

Avergonzaos de tener tan suntuosos edificios, tan preciosos muebles, tantos vestidos inútiles, entretanto que yo solo tengo por lecho un pesebre prestado, y por compañía dos animales. Avergonzaos de la aversion que teneis á todo lo que os humilla; de los artificios que usais para ocultar una pobreza que deberiais mirar como gloria vuestra; del menosprecio que manifestais de todo lo que no lisonjea vuestra vanidad. Avergonzaos, repito, de haber pasado del espectáculo que la religion os ha presentado tantas veces en este dia, á los espectáculos y asambleas profanas del mundo, dando de limosna al demonio, como S. Agustin se explica, lo que rehusais dar á un pobre de Jesucristo.

¡Ah! temed, señores, que este pobre, á quien habeis insultado con menosprecio, se inflame de indignacion contra vosotros, conforme á la expresion del salmo. ¿Qué sabeis si

oirá Dios las maldiciones de este pobre contra los ricos, y os juzgará algún día por boca de este mismo? Avergonzaos, para decirlo de una vez, de mirar con indiferencia, sin sentimiento alguno de piedad y de religión, á este Dios Hombre, que nace por vuestro amor como un gusano de la tierra, desprecio y oprobrio de los hombres, segun la expresion de un profeta.

Es pues el establo de Belén la escuela en que todos los cristianos deben aprender la ciencia de la salud. Los caminos del cielo, las sendas de la virtud empiezan y acaban en el que es principio y término de todas las cosas; pues siendo el camino, la verdad y la vida, nos abrió la senda del cielo, como se explica Jeremias: *Adinvenit omnem viam disciplinæ.* ¡Ó admirable providencia de mi Dios! exclama aqui S. Bernardo. El hombre carnal no podia concebir las cosas de Dios, segun la expresion de S. Pablo.

Fué menester pues que la Sabiduría eterna se hiciese carne, para hacerse sensible á los hombres de carne. Dexó de dar sus oráculos por hombres poseidos de un santo furor: no los da ya por medio de expresiones misteriosas; no en la cima de los montes, no entre relámpagos y truenos. Es en el fondo de un establo, en la cátedra de un pesebre, en el silencio de la noche, y por boca de un Infante envuelto en pañales, y reclinado entre pajas, por donde se explica la Sabiduría increada. ¡Ingenios sublimes! ¡filósofos profundos! hé aqui vuestra academia: venid á postrar vuestros axiomas soberbios, vuestros discursos estudiados, vuestros falaces racionios, á los pies de este adorable Doctor, que confunde vuestra vanidad y orgullo, y á cuya presencia desaparece en un momento toda vuestra elocuencia fastuosa, toda la sutileza de vuestra filosofia, toda la vanidad de vuestra politica: *Ecce ti-*

bi in carne exhibetur sapientia.

¡Felices vosotros! si sabeis aprovecharos de una leccion tan importante; si sabeis, digo, sacudir el espíritu de soberbia que os anima, y que con extraña inconsecuencia manifestais hasta en el templo donde venis á celebrar las humillaciones del Verbo hecho carne por vuestro amor. ¡Ah! ¡tanta humildad en el Maestro, y tanto orgullo en los discípulos! La Magestad de Dios se anonada, y el vil gusano de la tierra se infla! Entrad, os ruego, en vosotros mismos, y reconoced el espíritu de nuestra religion. Estudiad en este libro vivo y animado de todas las verdades que debéis creer y de todos los deberes que sois obligados á practicar para ser salvos. Yo os lo haré ver en mi segunda reflexión.

II. El amor propio desarreglado por la culpa es la raíz de todos los males, como dice el Apóstol. De aquí nacen la avaricia, el orgullo y la

concupiscencia; y de estos tres manantiales infectos fluye el torrente de iniquidad que inunda la faz del universo. Todo lo que hay en el mundo, dice S. Juan, es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y soberbia de la vida; esto es, deseo desordenado de riquezas, de placeres y de honores. Jesucristo pues, este Médico celestial, que vino á curar las llagas del hombre pecador por sus contrarios, opone á estas tres heridas mortales tres remedios apropiados; á saber, el espíritu de pobreza, el de humildad y el de mortificación: tres caracteres originales del cristianismo, que encierran el espíritu de la moral, y que aparecen visiblemente impresos en la Natividad de Jesucristo.

Como, segun su oráculo, no vino á quebrantar la ley, sino á cumplirla, observamos desde luego una admirable correspondencia entre sus palabras y sus obras. Al comenzar pues el

sermon que hizo sobre la montaña, en que recopiló todas las máximas del Evangelio, empezó por estas notables palabras: *Bienaventurados los pobres de espíritu*. Esta misma verdad manifestó en su persona en el principio de su vida mortal. En efecto el establo, el pesebre, los pastores, los animales, este aparato pobre de Jesucristo al nacer, ¿no son una voz viva que clama á todas las naciones y por todos los siglos: *Bienaventurados los pobres de espíritu*? Como esta pobreza de Jesucristo al nacer es el primer signo que manifiesta, debe por consiguiente ser la primera muestra del cristiano, y como basa de la religion. Por esto el Evangelio, esta buena nueva, esta abertura del reyno de Dios, esta libertad de la cautividad del demonio, este gran motivo de alegría, es anunciado por los ángeles á los pastores, que siendo pobres de condicion y por estado, estaban mas dispuestos para ser pobres

de espíritu, en lo cual consiste la primera muestra de conformidad que los discípulos de Jesucristo deben tener con su Maestro. Con este designio, dice S. Cipriano, quiso el Verbo encarnado que su Nacimiento se manifestase primeramente á hombres sencillos, para establecer la regla fundamental de su Evangelio; es decir, para enseñarnos que solo los humildes y pobres de espíritu son dignos de conocer los misterios que encierra la pobreza y humildad del establo.

En efecto, el Señor manifiesta su Natividad á unos pobres pastores, que guardaban su rebaño durante la noche, y en lo sucesivo elige por Apóstoles á unos pobres pescadores, que dexan sus redes y barcas por seguirle, para que todos los cristianos fuesen trazados pobres de espíritu sobre este gran modelo que les presenta Jesucristo. Acercaos pues en espíritu al pesebre, para ver á es-

te Dios oculto, que en las tinieblas de la noche, en el mas profundo silencio, en la mayor indigencia, se hace pobre para enriquecernos. A esta pobreza de espíritu hizo como primera base de su Evangelio. A esta bella virtud dió el primer lugar entre las bienaventuranzas. Virtud tan amada de Jesucristo, que quiso nacer pobre, vivir pobre, morir pobre, desnudo y despojado de todo sobre una cruz. Asi hizo gloriosa la pobreza por su exemplo, consagrándola, dice S. Bernardo, y divinizándola en cierto modo en su Persona. No es pues la pobreza de espíritu un consejo evangélico; es un precepto riguroso, que es necesario observár. Por manera, que es menester ó mudar de Evangelio y de Religion, ó confesar, que una pobreza efectiva tolerada con humilde resignacion, ó un desprendimiento de corazon en la abundancia y riqueza, se requieren indispensablemente para agradar á Dios.

¿Mas ah! ¿dónde están los cristianos que entre la pobreza no suspi-
ren por ser ricos, ó que siéndolo, con-
serven la pobreza de espíritu? Todos
estudian en la avaricia, dice el Espí-
ritu Santo. ¿Ó amable simplicidad de
nuestros padres! ¿Ó imágen bella de
la primitiva Iglesia! ¿Ó amor á la
santa pobreza! ya no sois, como se
explica Salviano, sino vanos nom-
bres: ya no aparece vestigio alguno
de esta pobreza de espíritu sino en
los libros sagrados que nos la intiman.
¿Qué mucho pues sea tan corto el nú-
mero de electos, cuando vemos ca-
minar ácia la perdicion á grandes pa-
sos esta innumerable multitud de idó-
latras de la codicia, que ni atienden
á la pobreza de Jesucristo, ni al
estado de humildad en que nace?

El orgullo, señores, el orgullo
del ángel rebelde fué la causa de su
caída. Subiré, dixo, y seré semejante
al Altísimo. Habíale Dios revelado el
misterio de la Encarnacion, ordenan-

dole acóase al Verbo humanado. Mas aquel espíritu soberbio creyó degradarse si hacia homenaje á este Dios Hombre, y en lugar de humillarse para ser confirmado en gracia, quiso elevarse hasta el trono del mismo Dios, y de resultas fué precipitado al abismo. De aqui la envidia contra el hombre, y sus esfuerzos hasta hacerle caer por la vana esperanza de ser como Dios. El amor propio saliendo de sus límites en el hombre, por un deseo desarreglado de su excelencia, produjo el orgullo, por el cual entró en el mundo el pecado.

Mas como donde abundó el delito sobreabundó la gracia, según el Apóstol, para reparar este orgullo del hombre pecador, no solo se humilló el Verbo Divino, sino se anonadó á sí mismo: *Semetipsum exinanivit*, para elevar al hombre. Ensalzado seais, ¡ó mi Dios! que os dignasteis descender á tanta humillacion para elevarnos á tanta grandeza. Vos tomasteis

la forma de esclavo para comunicarnos la libertad é independencia de señores. ¡Ó adorable humildad de Jesucristo desde la cuna hasta la muerte! solo en ti puede hallar el hombre una grandeza verdadera. En efecto, esta humildad que le abate sin vileza, y que desconoció la moral pagana, es la preciosa margarita del Evangelio, que nos manifestó el Verbo encarnado, naciendo en un establo, y reclinado en un pesebre.

¿Quereis pues, señores, participar de las inefables riquezas de la gloria y felicidad de Jesucristo en el cielo? Imitad á vuestro Gefe, pobre, humillado y padeciendo en un establo, porque si no os asemejais á este Infante, según la expresion de S. Mateo, no entraréis en el reyno de los cielos. Él en efecto es el camino, la verdad y la vida. Sí, este Infante envuelto en viles pañales; este Varon de dolores enclavado en lo sucesivo en una cruz entre dos la-

drones, es vuestro signo, ¡ó cristianos! *Et hoc erit vobis signum*: signo adorable, y que padecerá contradiccion en el mundo, conforme á la expresion de Isaías.

Para cuya comprobacion, comparad, os ruego, á un cristiano en medio de los honores, del luxo y de los placeres, con Jesucristo naciendo en un establo. ¿Qué semejanza hallais? Jesucristo no solo se ha humillado y mortificado, mas ha inventado especies de humillacion y de mortificacion inauditas, obrando á este fin milagros incomprendibles. Ha trastornado, digo, todas las leyes de la naturaleza para humillarse y padecer. ¿Puede en efecto imaginarse una entrada en el mundo mas obscura, mas incómoda que la del Salvador? ¿Puede hallarse una madre reducida á igual conflicto que María al dar á luz este divino Infante en un establo desierto entre animales? ¿No es esto llevar Jesucristo

desde su mas tierna infancia la pobreza, la humildad y la mortificacion mas allá de lo que podia imaginarse?

¿Qué exemplar, señores, y qué motivo de confusion para vosotros! ¡Ah! permitidme os lo pregunte. ¿Tiene vuestra vida alguna semejanza con la de este divino original? Yo me avergüenzo, y os compadezco al ver la extraña diferencia en el diseño. Hasta los sabios de Israel y los hombres ilustrados con las verdades mas sublimes de la religion ¿no presentan un aire totalmente mundano? Al través de una regularidad y de una modestia aparente, ¿no observamos en ellos cierta mezcla del espíritu del mundo, esta levadura farisáica, capaz de corromper toda la masa; este fermento prohibido tan severamente por el Salvador á sus discípulos?

¿Pero qué digo? si toda la carne, no menos que en tiempo de Noé, ha corrompido sus caminos. La escritu-

ra clama: *Bienaventurados los pobres de espíritu*; y vosotros anhelando por las riquezas, sois esclavos é idólatras de la avaricia. Jesucristo os íntima: *Aprended de mí á ser mansos y humildes de corazón*; y vosotros solo presentais orgullo y soberbia de la vida. El Evangelio os prescribe la penitencia y la mortificación, la paciencia en los trabajos para asemejaros al Verbo humanado, y ser salvos; y vosotros solo trabajais por la comodidad, solo aspirais á los placeres. Jesucristo no es aceptador de personas; vosotros despreciais al pobre, al humilde, al penitente, que fueron los signos con que se manifestó al mundo vuestro adorable Salvador.

¡Insensatos! si viendo entrar á un hombre ricamente vestido y con un anillo de oro, dice Santiago, y al mismo tiempo á un pobre cubierto de andrajos, dixeréis al rico, sentaos cerca de mí; y al pobre, retiraos, y colocaos ácia mis pies, deshonrais la

imágen de Jesucristo en la tierra: vosotros habeis juzgado á un pobre en esta vida; y este pobre os juzgará en la presencia de Dios. Asi se explica este Apóstol.

¡Mas ah! oráculos eternos de la verdad, vosotros no sois ya para nuestros críticos otra cosa que vanos adornos del Evangelio. Hé aqui el cumplimiento de la profecía del santo anciano Simeon. Este Infante, dice hablando de Jesucristo, este Infante será la causa de la ruina y resurreccion de muchos en Israel; de la ruina de los que fueren sus contrarios; de la resurreccion de los que le imitaren. Jesucristo pues naciendo pobre, humillado en un establo, y muriendo mortificado en una cruz, decidirá soberanamente de la suerte de los justos y de los réprobos, separando los cabritos de los corderos; es decir, los justos que le serán conformes en la pobreza de espíritu, en la humildad y en la mortificación, de

los pecadores que le han sido contrarios por su avaricia, por su orgullo, por su impenitencia.

No esperéis, señores, no esperéis con indolencia esta última confrontación de vuestra vida con la del Salvador. Trabajad hasta la muerte en conformaros á este divino original, para que habiendo sido imágenes de Jesucristo pobre, humillado y mortificado sobre la tierra, podáis ser asimismo imágenes de vuestro Salvador triunfante y glorioso en el cielo. Amen. Dixe.

+++++

SERMON III.

Para el dia de la Circuncision.

Postquam consummati sunt dies octo, sicut circumcideretur Puer, vocatum est nomen ejus JESUS. Luc. II.

SEÑORES:

¿Qué cosa de mayor humillacion para Jesucristo; que su obediencia á la ley de la circuncision? La independencia es propia de la Divinidad; y como el Verbo eterno, en cuanto Dios, ni es inferior, ni está sujeto al Padre, se hizo hombre para obedecerle; y poderle decir con verdad: *No soy tu siervo, é hijo de tu sierva. Ego servus tuus, et filius ancilla tuae.*

los pecadores que le han sido contrarios por su avaricia, por su orgullo, por su impenitencia.

No esperéis, señores, no esperéis con indolencia esta última confrontación de vuestra vida con la del Salvador. Trabajad hasta la muerte en conformaros á este divino original, para que habiendo sido imágenes de Jesucristo pobre, humillado y mortificado sobre la tierra, podáis ser asimismo imágenes de vuestro Salvador triunfante y glorioso en el cielo. Amen. Dixe.



SERMON III.

Para el día de la Circuncision.

Postquam consummati sunt dies octo, sicut circumcideretur Puer, vocatum est nomen ejus JESUS. Luc. II.

SEÑORES:

¿Qué cosa de mayor humillación para Jesucristo, que su obediencia á la ley de la circuncision? La independencia es propia de la Divinidad; y como el Verbo eterno, en cuanto Dios, ni es inferior, ni está sujeto al Padre, se hizo hombre para obedecerle, y poderle decir con verdad: *No soy tu siervo, é hijo de tu sierva. Ego servus tuus, et filius ancillae tuae.*

Así desde su primera entrada en el mundo dice al Padre celestial: hémec aquí pronto á hacer vuestra voluntad. Yo la abrazo y la obedezco con todo mi corazón. Mas en el misterio del día hace pasar esta ley, de su corazón hasta su cuerpo, y grabándola con caracteres de sangre, se conforma á llevar de por vida la muestra vergonzosa de pecador y de esclavo.

¡O alteza de los misterios del Señor! Protesta por boca de David, que á ninguno le dará su gloria, y vemos sin embargo, que el Hijo de Dios se despoja de ella en cierto modo en la Circuncisión, donde se humilla mucho mas; para decirlo así, que por la muerte de cruz. En efecto, en esta ocasión sufre y padece como una víctima inocente, inmolada por la salud del pecador; pero en la Circuncisión, los caracteres aparentes del pecado le deshonran en el concepto de los hombres. Padece como si fuera culpable: obedece como

si fuera pecador: se sujeta como si fuese criminal, al remedio del pecado, derramando las primicias de su sangre, por precio inestimable de la redención del hombre.

Dos cosas principalmente debemos aquí reflexar, que no solo son propósito para descubrir el fondo del misterio del día, sino para instruirnos en el espíritu de la moral cristiana. La primera es la incision dolorosa que sufre nuestro Salvador. La segunda, el nombre de JESUS que se le da. ¡Nombre misterioso! tan conforme al ministerio de quien lo recibe, como la ceremonia que lo acompaña. En efecto, esta Circuncisión exterior ¿qué otra cosa denota que el carácter interior que imprime el Bautismo en la substancia de nuestras almas? El nombre asimismo de Jesus ó Salvador ¿qué otra cosa indica, que la conformidad que debe haber entre el carácter y la vida del cristiano? Reuniendo pues estas

ideas os haré ver: primero, que los signos exteriores de la circuncision judáica nos representan los caracteres de la circuncision evangélica. Segundo, que como el Salvador del mundo cumplió perfectamente con los deberes propios del nombre de Jesus, nosotros debemos observar las obligaciones inseparables del nombre de cristianos: dos breves reflexiones dignas de esta cátedra y de vuestra atencion. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave María.*

Postquam consummati &c.

Ordenó Dios la circuncision al padre de los creyentes Abraham, como un signo eterno de la alianza que con él hacia. Mandó se extendiese á su

posteridad como una señal indeleble, que los distinguiera de los demas pueblos; y como el antiguo Testamento no fué mas que figura del nuevo, segun el Apóstol, la circuncision, ceremonia tan notable en la ley de Moysés, debia figurar en la de gracia una excelente realidad. Ella en efecto, dice S. Leon, denotaba la circuncision interior que debe hacer en su corazon todo fiel cristiano; pues si todo el aparato exterior de sacrificios, libaciones y holocaustos que ordenó Dios en el Levítico observáran los judios, debia ir acompañado de aquel espíritu interior, sin el cual no hay religion; ¿cuánto mas en la ley de gracia deberémos adorar al Señor en espíritu y verdad? En ella la realidad ha sucedido á las figuras y á las sombras, y en lugar de la letra que mata, segun el Apóstol, ha adoptado el espíritu que vivifica; ha abolido, digo, la circuncision judáica, pero sin abolir la cris-

tiana, tanto mas excelente, quanto lo es la ley nueva respecto de la de Moysés. Esta circuncision evangélica consiste en la mortificacion de los sentidos, y en el desprendimiento del espíritu del mundo. Reflexemos.

La circuncision del corazon consiste principalmente, segun los padres, en la destruccion del hombre animal, y en la mortificacion de esta concupiscencia, que el Apóstol llama cuerpo del pecado; de esta ley de los miembros, que se opone á la del espíritu; de este horno de Babilonia, como se explica S. Cipriano, cuyas vivas llamas causan notable ruina á nuestras almas. Los infantes eran circuncidados, dice este padre, para que la sangre corrompida de Adan, que corria por sus venas, fuese purificada por la que derramaban en aquella santa ceremonia; y para que por medio de esta primera prueba de sufrimiento que se les hacia sentir desde la cuna aprendiesen á comba-

tir el placer de los sentidos por medio del dolor y la austeridad de una vida mortificada. No basta pues no perder la castidad por delitos que nos priven de ella manifestamente. La circuncision interior nos obliga á mortificar de continuo el fondo de sensualidad que habita en nuestros miembros. No basta impedir que este furioso monstruo, cuyo aliento es pestilente, nos inficione y nos devore; es menester rechazarle hasta en sus últimos reductos, y encadenarle tan estrechamente, que solo pueda roer en vano las cadenas que le ligan. Es menester, para explicarme sin figura, es menester dormir con moderacion, comer con sobriedad, vestir con modestia, recrearse con medida, abstenerse de diversiones peligrosas, poner una guardia de circunspeccion á la lengua y á los ojos, mortificar la carne y el espíritu con el ayuno y la oracion, meditar en los misterios del Señor, arreglar todos los movimien-

tos del corazón, consolar en fin á Jesucristo en sus miembros.

Hé aquí, señores, en suma la idea de la circuncision interior que os predico, cuya obligacion no es menos urgente que lo era la exterior ó judáica en la ley de Moysés. Echad la vista sobre las páginas del Evangelio, y las hallaréis sembradas de pruebas de esta verdad. El que no lleva mi cruz, dice el Salvador, no es digno de mí. El mal rico sepultado en los infiernos, no parece, segun la narracion del Evangelio, culpable de otra cosa que de haber tenido una vida móle y sensual, consumiendo en superfluidades de la mesa lo que debia haber gastado en socorrer al pobre. El Apóstol nos dice, que la viuda que vive en delicias está muerta: nos intima asimismo, que mortifiquemos nuestros miembros sobre la tierra; y él castiga rigurosamente su cuerpo, y lo reduce á servidumbre. Declara en fin, que todos

los discípulos de Jesucristo deben crucificar su carne con sus concupiscencias: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum concupiscentiis suis.*

Ademas, ¿cuál fué el pecado de aquella ciudad abrasada con fuego del cielo? decia Ezequiél á la casa de Judá. ¡Hijas del siglo! que os lisonjeais de poder hermanar esta vida móle y sensual, en que estais sumergidas, con el nombre de cristianas, oid con estremecimiento las terribles palabras de este profeta. ¿Cuál fué la iniquidad de esta ciudad, cuyo nombre solo causa horror, sino el orgullo y exceso de las mesas, la abundancia y ociosidad de sus hijas? Ellas no alargaban su mano al indigente y al pobre: se llenaron de soberbia, y cometieron abominaciones en mi presencia..... ¿Os reconocéis en este diseño, hijas del siglo? ¡Ah! dice el Señor vuestro Dios. Sabed que esta ciudad culpable y las hijas de sus ha-

bitantes fueron menos criminales que vosotras.

Es Dios quien habla, señores; y aún se explica con mas energía y claridad en el Evangelio. Esta generacion perversa, que no le oye, será castigada, dice, con mas rigor que las ciudades que puso como exemplo del fuego eterno. ¡ Con cuánta razon pues podría yo renovar el lamento de Jeremías, cuando dice que todos los de la casa de Israel son incircuncisos de corazon! ¡ Insaciable concupiscencia! tú exáltas la ambicion de éste; tú obras secretamente baxo la aparente modestia del otro; tú nutres la envidia oculta de los unos; tú fomentas el orgullo de los grandes, y causas las murmuraciones del plebeyo; tú..... Para corregir estos crímenes, clama la Iglesia en este dia: la gracia de nuestro Salvador se ha manifestado, para que renunciando de la impiedad y deseos seculares, vivamos sóbrios y castos, circuncisos de

corazon, y en perfecta caridad.

¿ Pero qué mundo es este, podrá decir alguno, cuya renuncia y desprendimiento tantas veces se proclama, y á quien Jesucristo en su Evangelio cubre de anatemas? Oid á San Agustin. Este mundo, dice, es la asamblea de los amadores del mundo. Este mundo es todo aquello que puede tener en nuestro corazon el lugar que debe ocupar solo Dios. ¡ Mundo criminal! ¡ mundo réprobo! mundo por el cual no oró Jesucristo. ¿ Mas cómo conocerémos, añadís, si amamos este mundo detestable? ¡ Ah! nada mas fácil, señores. Los que vivís en una condicion mediana ¿ suspirais y anelais por las grandezas y honores que no poseeis? Vosotros sois de este mundo. ¿ Meditais con amargura los caminos de enriqueceros y elevaros? Vosotros sois de este mundo. ¿ Os dexais arrastrar de las pompas y vanidades del siglo? Vosotros sois de este mundo. ¿ Estais prontos á acep-

tar la persona del rico en perjuicio del pobre, ó mirais con desprecio á los que yacen en obscuridad y baxeza? Vosotros sois de este mundo. ¿Mirais con desprecio á los que han renunciado de las pompas del siglo, de sus vanidades y diversiones profanas? Vosotros sois de este mundo. ¿Incensais á los ídolos que os habeis formado en vuestras pasiones, ó hincáis una rodilla á Dios, y otra á Baal? Vosotros sois miembros de este mundo réprobo, y vuestra aparente justicia, vuestro zelo estóico es objeto de abominacion á los ojos de Dios, y solo apropósito para conducirlos al abismo. Vosotros sois árboles infructuosos y estériles; ocupais en vano la tierra, y á pesar de vuestra frondosidad aparente, y exterior religioso, solo sois aptos para el fuego eterno.

Temblad pues los que aplicados únicamente á las observancias exteriores de la religion, y zelosos de vuestras tradiciones, violais el gran

precepto del amor divino, que prohibe expresamente servir á dos dueños, porque el Señor vuestro Dios es muy zeloso de su honra, y á nadie cede su gloria. Vendrá un dia en que esta zizaña desgraciada, que tan profundas raíces ha arrojado en el campo de la Iglesia, será atada en manojos y arrojada por pábulo de las llamas eternas, al paso que el buen grano será encerrado en los graneros del Padre de familias.

Mas para obtener esta felicidad, y evitar el último fallo de la zizaña, es necesario, señores, circuncideis vuestro corazon por la penitencia, por la renuncia del mundo réprobo, de sus pompas, vanidades y soberbia de la vida. Este es el sacrificio que debéis hacer, teniendo presente á Jesucristo, que recibe en este dia la mortificacion de la circuncision judáica, para instruirnos en las muestras de la evangélica. Ni perdamos de vista, que recibiendo el nombre de JESUS,

que se interpreta Salvador, derrama las primicias de su preciosa sangre, para enseñarnos á cumplir los deberes de cristianos, que votamos en el sacro Bautismo, como cumplió él mismo las obligaciones de Mesías. Segunda reflexión, que expondré con la brevedad posible.

II. El hombre nuevo empieza á nacer dentro de nosotros por el Bautismo, y tenemos obligacion de perfeccionar continuamente este nuevo hombre que el primero de los Sacramentos ha formado en nuestras almas. Por esto es llamado Sacramento de la regeneracion. Para hacernos conocer Jesucristo su indispensable necesidad, nos dice que el que no renaciere del agua y del Espíritu Santo no entrará en el Reyno de Dios; y esta es la razon porqué el Apóstol llama hijos engendrados en Jesucristo á los que habia convertido á la fe. Expresiones, que aunque parezcan figuradas, son bastantes literales; porque

el Bautismo nos da verdaderamente una segunda vida, y las aguas de este Sacramento son como el sepulcro del hombre viejo, y como el seno de la madre en que nace el nuevo por el soplo del Espíritu Santo, que anima á este segundo hombre, como fué animado el primero por el soplo de la Divinidad.

Hé aquí la causa por qué se nos da un nombre cristiano, padres espirituales, una alianza divina y obcion á una herencia celestial: ceremonias augustas del Bautismo, que os traigo á la memoria, para que seriamente reflexeis sobre vuestro alto origen. En efecto, como todo lo que hay en el mundo visible se hizo para el hombre terreno, todo lo que encierra la religion se hizo para el hombre espiritual. Todos los otros Sacramentos concurren á la perfeccion de este hombre. El Bautismo le da origen, la Confirmacion le fortifica, la Eucaristía le nutre, la Penitencia le repara &c.

De aqui se sigue, que como *el hombre segun la carne* no significa solamente los esclavos de las pasiones vergonzosas, sino en general á todos los que se conducen por miras humanas; igualmente por hombre espiritual no solo se entienden estos hombres interiores, á quienes Dios ha elevado á los mas sublimes conocimientos, sino universalmente todos los que siguen el espíritu de Jesucristo, por sencilla y grosera que parezca su conducta. Las primicias de este espíritu las recibimos en el sacro Bautismo; y aquel espíritu que en el principio del mundo giraba sobre las aguas, denotaba, dice S. Cipriano, el uso milagroso á que eran destinadas.

¿Qué mas? aquel Espíritu que apareció sobre la cabeza del Salvador cuando fué bautizado en el Jordan, denotaba que en este Sacramento recibiríamos algo de su plenitud. Así lo varicínó Ezequiel diciendo: derra-

maré sobre vosotros aguas puras, que purificarán vuestras manchas, y recibiréis un espíritu y un corazón nuevo. Este nuevo espíritu que se nos confiere en el Bautismo estaba, segun los padres, figurado en la Circuncision.

Notad, os ruego con el Apóstol, la prudencia del Señor en el misterio de Cristo. Queriendo Dios renovar todas las cosas en su Hijo, á quien dió toda potestad en el cielo y en la tierra, hace esta renovacion por medio de la comunicacion del Espíritu Santo, que transforma en sí todo lo que le recibe. De aqui infiere el Apóstol, que ni la circuncision ni el prepucio sirven de nada, sino la nueva criatura; y añade, que todos los que estan revestidos de Jesucristo no son ya griegos, ni judíos, ni libres, ni esclavos, sino una misma cosa en Jesucristo.

Mas aunque la comunicacion del Espíritu se haga en esta medida, y la

mano de Dios imprima estos caracteres en el hombre nuevo, que llama á la gracia del Bautismo, es necesario que nosotros por medio de la fidelidad á esta gracia nos perfeccionemos en este principio de nueva criatura, hasta adquirir el grado de aumento y de fuerzas que constituyen al hombre interior en su plenitud, y digno de que Jesucristo sea enteramente formado en el alma, conforme á la sentencia del Apóstol.

Segun estos principios, que son los de nuestra religion, los que extinguiendo en sí mismos este Espíritu Santo, no siembran sino en la carne, solo recogerán de la carne la corrupcion, que es su efecto; y por el contrario, como se explica S. Pablo, los que sembraren en este Espíritu, recogerán la vida eterna, de la cual es gérmen. Llamo sembrar en espíritu, hacer que en nuestro corazon el espíritu triunfe de la carne, el Evangelio del mundo, la religion de las max-

mas del siglo, Jesucristo del demonio, la gracia de la concupiscencia. Esta carne, este mundo, esta concupiscencia son el hombre viejo, que es necesario destruir. Este espíritu, este evangelio, esta religion son el hombre nuevo, que es menester edificar. Á esto se reduce todo el cristianismo, y este es el gran Sacramento de la voluntad de Dios en orden á nuestra salud. Quiere pues que conducidos por el Espíritu de Jesucristo y del Evangelio, cautivemos el entendimiento en obsequio de la fe, y la voluntad en obsequio de la ley, para darnos alguna parte en la obra de nuestra santificacion. Hé aqui los principales deberes que somos obligados á desempeñar en calidad de cristianos, para imitar á Jesucristo, que cumplió cabalmente las obligaciones anexas al nombre de JESUS.

Como este adorable nombre debia producir la mayor gloria de la Iglesia, determinó Dios se compusiese del

suyo propio *Tetragrammaton*, el cual era figurado y representado del modo mas brillante en la ley de Moysés. Él estaba escrito con letras de oro sobre el *racional* del sumo pontífice. Á éste únicamente era permitido entrar en el *Sancta Sanctorum*, y pronunciar una vez al año el sagrado nombre de *Jehova*, entretanto que los sacerdotes y todo el pueblo postrados oían este nombre venerable con un estremamiento religioso. Este santo nombre designado por el profeta, fué llevado del cielo á la tierra por S. Gabriél cuando anunció á María la Encarnacion del Verbo; y el Salvador del mundo lo recibe hoy en el templo con la ceremonia de la Circuncision, figura del Bautismo, donde todos los hijos de la Iglesia participan de este bello nombre, recibiendo el de cristianos.

Jesucristo asimismo, despues de haberlo hecho célebre en la Judea por los oráculos de su doctrina, por

las maravillas y santidad de su vida, quiso llevarle sobre la cruz, signo de sus trofeos y victorias; esto es, quiso que este santo nombre, escrito en tres lenguas originales, le diese á conocer á todas las naciones del mundo que se hallaron presentes al espectáculo de su muerte. Aqui fué donde el demonio creyó haber triunfado; pues viéndole crucificado y cubierto de ignominia entre dos ladrones, se persuadió haber borrado la gloria del Redentor entre los hombres. ¡Mas oh! cuán vanas fueron sus esperanzas. Fué sobre esta cruz adorable donde consiguió la mas completa victoria de todos sus enemigos. Aqui en efecto el nombre de JESUS entre los clavos, las espinas, las heridas y la sangre, apareció con mas esplendor que entre el oro, las perlas y pedrería del *racional* del sumo sacerdote. El sol eclipsado en este momento, el choque de las piedras, el velo del templo rasgado de alto á baxo, los muertos resu-

citados, hicieron decir á los testigos de estos prodigios: verdaderamente este JESUS era el Hijo de Dios: *Verè hic filius Dei erat*. El horror del sepulcro parece debia abolir este glorioso nombre, que no habia podido deshonorar el oprobrio de la cruz. Mas la resurreccion manifestada á todos sus discípulos, y predicada bien presto en Jerusalén, puso en todo su esplendor al nombre de JESUS. En vano los fariseos y sacerdotes prohiben á los Apóstoles que lo prediquen al pueblo. Ellos salen de la sinagoga llenos de gozo por haber sido dignos de padecer oprobrios y afrentas por el nombre de JESUS.

Pero no basta que este divino nombre triunfe en Jerusalén. Saulo, que solo respira persecucion, venganza y suplicios contra los adoradores de JESUS, cae en el camino de Damasco al eco de una voz que le dice: *To soy JESUS, á quien tú persigues*. ¡Ah! ¡qué mutacion tan extraña!

La boca de este Apóstol de las gentes viene á ser en lo sucesivo un vaso de eleccion, escogido para llevar este nombre sagrado delante de los reyes y naciones, que debian rendirle homenaje. Este nombre celestial anunciado por los Apóstoles, resuena en breve desde el oriente al occidente, y del aquilon al medio dia. En vano las potestades del mundo y del infierno pretenden abolir su memoria: *Eradamus nomen ejus de terra*. Este nombre victorioso de todos sus adversarios, sale de la boca de una infinidad de mártires, testigos fidedignos de su Divinidad. Los principes de las naciones se conjuran contra su Señor y contra su Cristo, que desde la diestra del Padre se burla de los proyectos de sus enemigos. Ellos perseguirán á los cristianos; pero esto solo servirá de aumentar el número de testigos irrefragables de su Divinidad. Impondrán silencio á los ministros de la palabra, quitándoles

la vida; pero no podrán conseguir que enmudezca la voz de su sangre. Dios les ha dado potestad sobre los cuerpos, mas no sobre las almas. Los tormentos, las llamas, los suplicios jamas impedirán que el verdadero cristiano, libre entre las cadenas, confiese el nombre de Jesucristo.

¡ Ó adorable providencia ! ¡ qué ocultos son tus caminos ! ¡ qué investigables tus sendas ! ¿ Quién vió jamas que donde son mas los muertos, sea mayor el número de los vencedores ? La sangre de los mártires, decía Tertuliano, era abundante germen de nuevos cristianos, y el nombre de Jesús, derramado sobre la tierra como un óleo sacro, hizo enmudecer á los demonios, que pretendían sepultarlo en el olvido. El Padre celestial pues para relevar á su Unigénito de la profunda humillacion, á que se sujetó circuncidándose, le dió un nombre superior á todo nombre, diciéndole que en su presencia

se postrasen los cielos, la tierra y los abismos. Nombre verdaderamente adorable, que despues de haber puesto en derrota completa á los demonios, nos hace invencibles en los combates de la religion. Nombre inefable, en cuya virtud hicieron tan grandes conquistas los Apostóles. Nombre divino, que fortaleció á tantas vírgenes delante de los tiranos, haciéndolas incorruptibles y superiores á toda violencia. Nombre en fin que ha poblado de anacoretas los desiertos, de penitentes los cláustros, y que se ha extendido sobre la faz del universo para iluminar á los que yacen en tinieblas, y entre las sombras de la muerte eterna. Asi cumplió con los deberes de Mesías y Salvador del mundo, con arreglo á la voluntad de su Eterno Padre.

Resta, señores, que nosotros le imitemos observando exáctamente las obligaciones de cristianos, y que por medio de una circuncision espiritual,

mortifiquemos nuestra carne, y la reduzcamos á servidumbre con la oración, el ayuno y la disciplina. Para esto es necesario proponernos por modelo la vida de Jesucristo, y que su adorable nombre resuene siempre en nuestro corazón y en nuestros labios; porque como nos enseña S. Pablo, no se nos ha dado otro nombre que el de JESUS para ser salvos. Felices de nosotros si este sagrado nombre viene á ser nuestra fuerza y nuestra dulce esperanza en la hora de la muerte. Honradle pues como fieles cristianos en esta vida, para gozarle en la eterna.

Amen. DIXE.

SERMON IV.

Para el día de Reyes.

Et procedentes adoraverunt eum. Matthæi II.

SEÑORES:

El misterio de este día es el de la manifestacion de Jesucristo al mundo, para exigir el debido homenaje de todas sus criaturas; y en estos príncipes del oriente conducidos por una estrella milagrosa hasta el portal de Belén, es fácil ver las primicias del gentilismo, sus primeros adoradores, y un raro exemplo de fidelidad á las inspiraciones del cielo, que

mortifiquemos nuestra carne, y la reduzcamos á servidumbre con la oración, el ayuno y la disciplina. Para esto es necesario proponernos por modelo la vida de Jesucristo, y que su adorable nombre resuene siempre en nuestro corazón y en nuestros labios; porque como nos enseña S. Pablo, no se nos ha dado otro nombre que el de JESUS para ser salvos. Felices de nosotros si este sagrado nombre viene á ser nuestra fuerza y nuestra dulce esperanza en la hora de la muerte. Honradle pues como fieles cristianos en esta vida, para gozarle en la eterna.

Amen. DIXE.

SERMON IV.

Para el día de Reyes.

Et procedentes adoraverunt eum. Matthæi II.

SEÑORES:

El misterio de este día es el de la manifestacion de Jesucristo al mundo, para exigir el debido homenaje de todas sus criaturas; y en estos príncipes del oriente conducidos por una estrella milagrosa hasta el portal de Belén, es fácil ver las primicias del gentilismo, sus primeros adoradores, y un raro exemplo de fidelidad á las inspiraciones del cielo, que

los llamó para que conociesen y adorasen á su Criador. Ellos en efecto apenas ven en su oriente la estrella que les anuncia el nacimiento de este nuevo Rey, emprehenden su viage, y sin atender á lo riguroso de la estacion, á las incomodidades del camino, al abandono de su casa y familia, y al menoscabo de sus intereses personales, cargados de dones de lo mas precioso que su tierra producía, marchan á grandes jornadas ácia Jerusalén, preguntando por el recién nacido Rey de los judíos. Hallado por el indicio de la estrella, le ofrecen oro, incienso y mirra, y le adoran postrados.

Este acto religioso que ofrece hoy la Iglesia á los ojos de nuestra fe, no debe mirarse como un hecho puramente histórico, que ilustre los anales de nuestra religion, sino como un modelo de imitacion, y un poderoso estímulo que nos conduce como por la mano al cumplimiento de nuestro

primer deber, que consiste en adorar á Dios en espíritu y verdad. Esta será la materia de un breve discurso, que consagro al honor del Señor y al bien de vuestras almas. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *AVE MARIA.*

Et procedentes adoraverunt &c.

El principal acto de la religion consiste en la adoracion. Este es un homenaje que Dios exige de justicia de toda criatura racional é inteligente, y es una consecuencia necesaria del conocimiento del Supremo Sér. Conocimiento que no nos es libre; porque Vos ¡ó mi Dios! habeis grabado con caracteres indelibles admirables rasgos de vuestra Divinidad en nuestras almas; y habeis querido que el secreto convencimiento de vuestra exis.

tencia, que nace con nosotros, y no falta sino con nosotros, fuese como una religion en bosquejo, que figurase nuestros principales deberes.

La primera obligacion que este conocimiento de Dios nos impone, es que le adoremos. En esta adoracion consistia casi toda la religion de los antiguos Patriarcas. En esta primera edad del mundo aquellos santos hombres, que caminaban delante de Dios en la inocencia de su corazon, teniendo por regla de su conciencia la rectitud, el candor y la luz de la razon, iluminada por la fe, daban al Señor el culto de adoracion, ofreciéndole por primicias los frutos de la tierra en testimonio de su obediencia y sumision.

Este culto se purificó, para decirlo así, en la ley escrita por medio de sacrificios y ceremonias alegóricas, para hacer mas sensible la aniquilacion interior que debe manifestar el hombre en presencia de la Magestad

Suprema á quien adora: porque no es creible, dice el Crisóstomo, que se complaciese Dios en solo el aparato exterior de los sacrificios de la antigua ley, y que su Sér infinitamente puro y espiritual se contentase con ver correr sobre los altares la sangre de los animales que le eran inmolados. Quería ademas, que los pueblos postrados en su presencia uniesen el sacrificio espiritual de sí mismos á este sacrificio exterior, aniquilándose delante del Señor, á cuya Soberanía vivian mas sujetos que las víctimas al cuchillo de los sacrificadores.

Mas el culto de adoracion que damos á Dios ha recibido en la ley de gracia su último grado de perfeccion y de pureza. No quiere decir esto, que antes de la venida de Cristo no hubiese verdaderos israelitas ó adoradores. Abraham, Isaac, Jacob, David, Estér, Susana, Judith, para omitir otros muchos, cumplieron sin duda esta primera obligacion de la

religion en toda su excelencia, adorando á Dios en espíritu y verdad. Pero es menester confesar, que el culto que los judios daban al Señor, por religioso y venerable que fuese, encerraba algo de grosero y carnal. Estaba reservado á los cristianos ser adoradores perfectos. A-i lo manifestó el Salvador en su coloquio con la Samaritana.

En efecto, los habitantes de Samaria, que profesaban un judaismo corrompido, sostenian que era necesario adorar á Dios sobre la montaña. Los judios al contrario defendian, que no podia ser adorado sino en el templo de Jerusalén. Mas Jesucristo dixo á esta muger: hé aqui el tiempo en que no habrá lugar determinado para dar á Dios el homenaje de adoracion. Ya no será ni en Jerusalén, ni en Samaria, ni precisamente en el templo, ni sobre la montaña, sino en toda la extension del universo, donde los templos erigidos

al verdadero Dios serán santificados por el sacrificio del Cordero sin mancha, y por el concurso de todos los adoradores en espíritu y verdad, que son los que el Padre ama.

Pero lo que realza infinitamente la adoracion de los cristianos sobre la de los judios es la union que tiene con la del mismo Jesucristo. Ellos en efecto son miembros de una cabeza, que es la que únicamente puede adorar á Dios de un modo correspondiente á su excelencia. Á este fin encarnó el Verbo Divino, que no pudiendo humillarse en su naturaleza, tomó la nuestra para poder anonadarse y ofrecer á Dios un sacrificio que correspondiese perfectamente á su Divinidad. Dió al Padre celestial esta profunda adoracion, y consumó sobre la cruz este gran sacrificio.

Mas despues del establecimiento de la Iglesia, el espíritu y corazón de todos los fieles se unen al espíritu de esta grande víctima, inmolada so-

bre nuestros altares, y dan al Padre Eterno la adoracion que le es debida, por medio de la que recibe de su Hijo á quien están unidos. Es pues principalmente en el sacrificio de la misa cuando los cristianos deben aplicarse á formar actos de perfecta adoracion; porque esta no es otra cosa que un anonadamiento interior delante de la Divina Magestad. De aqui procede, que el que adora se humilla profundamente, y se postra sobre la tierra, como para entrar en el polvo y en la nada, de donde salió. Por este medio protesta, que Dios es verdaderamente *el que es*, y que todos los seres, por perfectos que sean, son nada en comparacion de aquel Sér independiente y soberano, que es su origen.

Para llenar pues la obligacion de cristianos durante el santo sacrificio, no basta adorar á Jesucristo presente realmente sobre nuestros altares. Es menester adorar con el mis-

mo Jesucristo á toda la Beatísima Trinidad, que será glorificada hasta la consumacion de los siglos por la ofrenda de este gran sacrificio. Es menester, digo, que todos los fieles congregados en el templo entren en este espíritu de muerte y de inmolacion mística, anonadándose todos con su Cabeza ó Gefe, con humillacion profunda, para contribuir de algun modo á esta perfecta adoracion que da á Dios el Pontífice Eterno, por el misterio de los sacerdotes que le inmolan.

Hé aqui, señores, una breve idea de la adoracion en espíritu y verdad; y esta es la disposicion en que debemos considerar á los magos de nuestro Evangelio postrados á los pies de Jesucristo. Los padres son de sentir, que les fueron en esta ocasion revelados los principales misterios de la religion, y que la estrella milagrosa que los conduxo hasta el portal de Belén, iba acompañada de una luz

viva é interior , que penetrando sus espíritus , les descubria no solo al nuevo Rey que buscaban , sino las verdades mas sublimes de la fe. Á esto alude el nombre de *Epifanía* ó manifestacion que da la Iglesia á esta solemnidad , para darnos á entender , que los secretos de que era depositario el pueblo de los judíos empezaban ya á ser manifiestos á las naciones en la persona de estos príncipes milagrosamente ilustrados.

Ellos en efecto unen á los dones misteriosos que ofrecen á Jesucristo , los actos mas perfectos de la religion , cuyos símbolos eran estos presentes. Reconocen , digo , en el oro , el reinado soberano , que le hace dueño absoluto de todas las criaturas , porque son obra de sus manos. En el incienso ofrecen un brillante homenaje á su Divinidad , adorándole como á Dios verdadero , aunque humanado por nuestra salud. Al ofrecerle la mirra le confiesan mortal , para bor-

rar con su sangre el decreto de condenacion en que habiamos incurrido por la culpa. Reconocen , para decirlo de una vez , que el Verbo Divino , engendrado por toda la eternidad en el esplendor de los santos , habia venido á cubrirse de las nubes oscuras de nuestra carne , haciendo brillar en las tinieblas de la noche las mas vivas luces de la gracia , cuyo principio era él mismo. La fe les hace ver en este Infante reclinado entre pajas la magestad de todo un Dios , toda su corte celestial en un establo , y deslumbrados con las brillantes luces que le rodean , se postran sobre la tierra para adorar á este Dios revestido de nuestra carne: *Et proci-*
 dentes adoraverunt eum.

Este es , señores , el modelo de imitacion que la Iglesia nos propone este dia. Estos reyes idólatras , convertidos por la gracia de Jesucristo , reconocen que en su presencia toda la grandeza es nada. Por consi-

guiente le sacrifican su poder, sus riquezas, su exáltacion, y todos los títulos de su reinado en los dones que le ofrecen en señal del supremo dominio. ¡Cristiano ingrato! ¿porqué no dices tú en el fondo de tu corazón: yo conozco ¡Dios mio! que soy un vil gusano de la tierra, sacado de la corrupcion, y mas manchado en el alma por el pecado, que en el cuerpo concebido en la iniquidad? Vuestras manos, Señor, me formaron, y animaron el barro de que fui formado, con una alma capaz de glorificaros y adoraros. Aunque todas las criaturas nada puedan añadir á vuestra gloria esencial, quereis no obstante que los hombres os presenten lo que les habeis dado para coronar con otros sus primeros dones. Vos nos habeis dado los bienes de la naturaleza para disponerlos á recibir los de la gracia, cuyo santo uso nos hace dignos de los de la gloria. Recibid, Señor, el debido homenaje de mi espíritu, de mi

voluntad y de todas las potencias de mi alma. Haced que por medio de la adoracion imperfecta que os doy sobre la tierra, merezca adoraros perfectamente en el cielo.

II. Mas la adoracion en espíritu debe, señores, ir acompañada de la adoracion en verdad. Para cumplir con estos dos deberes, es necesario que al hincar las rodillas delante de este Sér Supremo, estemos resueltos á nada hacer que desmienta estas muestras exteriores de veneracion que le tributamos. Hablando á este propósito el real Profeta, no dice que su cuerpo está postrado sobre la tierra, sino que su alma está adherida al pavimento: *adhesit pavimento anima mea*; porque lo que el cuerpo debe hacer, es seguir la accion del alma en los deberes de la religion. Por manera, que si está poseido de orgullo al humillarse delante de Dios, no es un verdadero adorador en espíritu y verdad, sino un fantasma. Por esto

decia David: Señor, Vos conocéis el fondo de mi alma; todos mis deseos os son manifiestos; ni se os oculta el mas secreto gemido de mi corazon.

Para adorar pues á Dios en verdad es necesario purificar el corazon de la levadura del hombre viejo; porque seria ir á insultar al Señor sobre su trono llevar á los pies de los altares pensamientos profanos, deseos criminales, afectos delincuentes. Escrito está, señores, que los votos de los impios son abominables delante de Dios. Escrito está, que su oración se convertirá en pecado, y que el culto aparente que dan al Señor no es mas que una ficción é hipocresía. Este es el sentido de aquellas palabras de Jesucristo: no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reyno de los cielos, sino el que hiciera la voluntad de mi Padre: *Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine..... sed qui facit voluntatem Pa-*

tris mei, ipse intrabit in regnum caelorum.

Vos sabeis, ó mi Dios, cuán pocos son los que verdaderamente os adoran. Nada mas comun que innumerables concursos en vuestras sagradas solemnidades. Mas entretanto que os honran con los labios, el corazon de los mas está bien lejos de Vos, segun la expresion de Isaías. Entre esta multitud que apenas caben en los templos, ¿cuántos observadores de la ley se encuentran? ¡Ah! si la voz de algunos justos, mezclada con la de tantos delincuentes, no llegára al trono de Dios, acaso los pecados de los falsos adoradores arrojarían un grito, que en lugar de la misericordia del Señor atraerían su venganza.

En los magos pues y en Herodes vemos un exemplar de la verdadera y falsa adoracion. Aquellos verdaderos adoradores, despues de haber puesto su poder y su grandeza á los pies de Jesucristo, vuelven á su pa-

tria por una senda que los aleja de Herodes, y que los separa de todo comercio con los enemigos del Salvador. Obedecen con sumision la voz del ángel que les anuncia la voluntad de Dios. De príncipes idólatras se convierten bien presto en primeros predicadores de Jesucristo en sus remotas provincias. Su vida en lo sucesivo viene á ser una profunda meditacion de los misterios que les han sido revelados, y una renovacion continua del homenaje que habian ofrecido al Rey de la gloria.

Tales deben ser los adoradores en espíritu y verdad. Despues de haber reconocido á Jesucristo por la fe, deben honrarle por el cumplimiento de su ley. Despues de haberse convertido á Dios por la luz de su gracia, deben consultar á sus ministros sobre la senda que han de seguir para llegar á su verdadera patria; y en vez de pasar (como lo executan muchos pseudo cristianos) del portal

de Belén á la casa de Herodes; es decir, de la humildad de Jesucristo á las vanidades y pompas del demonio, deben caminar por sendas diferentes de las que han seguido, para acreditar con las obras una verdadera adoracion.

La que Herodes finge querer dar á Jesucristo está por el contrario llena de dolor y de artificio. Hace inquisicion de este nuevo Rey; mas es para perderle. Cubre la mas negra perfidia con un falso homenaje. Es, para decirlo de una vez, un adorador de Jesucristo en apariencia y en promesa; pero en el fondo de su corazon un verdadero perseguidor. Hé aqui, dice S. Gregorio, la imagen de los falsos adoradores, que no merecen hallar á Dios, porque no le buscan con sinceridad de corazon; ni es otra cosa el culto que le tributan, que una refinada hipocresia. ¿Quereis conocerlos? dice el Salvador. ¿Quereis descubrir estos lobos devo-

radores, que se ocultan baxo la piel de ovejas? Por sus frutos los reconoceréis. Cotejad sus obras con su adoracion, las hojas con los frutos, lo que dicen con lo que hacen.

Yo en efecto, señores, veo á muchos que se postran á los pies de los altares, y reciben á Jesucristo en la sagrada mesa con todas las muestras de la piedad mas fervorosa. Mas juzgad ahora los frutos de una comunión tan santa en apariencia. Observaréis fácilmente, que un momento despues tratan con furor á sus domésticos, prueban la paciencia de sus consortes con estravagancias insoportables, siembran la discordia en su familia por injustas preferencias, sacrifican á estrecha clausura una hija sin vocación, solo por satisfacer sus proyectos de orgullo y de ambicion. ¿No es esto llevar á Jesucristo en la boca, y baxo de los labios el veneno de los áspides? ¿Al Dios de amor y caridad en el seno, y el corazón lleno de hiel

y de amargura? ¿Quién duda que semejantes adoraciones, por mas religiosas que parezcan, son falsas y sacrílegas?

Ni es precisamente en los templos hechos por mano de los hombres donde Dios habita. El templo del Señor está dentro de nosotros. Es principalmente nuestro corazón donde Dios recibe el homenaje de adoracion en espíritu y verdad por medio de la pureza de una conciencia sin mancha, ó por la humillacion de una verdadera penitencia. ¡Fariseos soberbios! que vais con frecuencia al santuario, y que entre los ministros y el incienso ofreceis al Señor un homenaje mas lleno de fasto que de edificacion; ¿qué otra cosa sois en el fondo, que sepuleros enxalvegados, que cubren vuestra corrupcion y hediondez baxo estos exteriores pomposos? Las apariencias de vuestra regularidad no impedirán que os arroje Dios con menosprecio, al paso que tenderá los

brazos de su misericordia ácia este publicano, que humillado á la puerta del templo, no osa levantar sus ojos al cielo, contento con pedir al Señor el perdón de sus culpas.

Acordaos pues, señores, que adoramos á un Dios que penetra nuestros corazones. Nosotros podremos engañar á los hombres y aun á nosotros mismos por una sutil hipocresía, que apenas percibamos. ¿Mas cómo engañaremos al Señor, que ve en nuestro interior la mas ligera mancha de aquella levadura farisáica, que reprueba en su Evangelio, y que tanto encargó á sus Apóstoles se guardasen de ella? ¿Pensais por ventura que basta lavar el exterior del cáliz? El interior principalmente es el que debeis purificar, conforme al oráculo de Jesucristo. No repruebo el vestido modesto, la postura humillada, la edificación exterior, la vista mortificada, con que os presentais á veces á los pies de los altares. Mas es-

to solo son hojas. Exáminad, os ruego, si teneis frutos dignos de penitencia.

¡Mortales! estremeceos, temed no sea que no hallando Dios cosa sólida y real en este pomposo aparato de religion, os cubra de una maldicion que os haga secar hasta en la raíz, como á la higuera infructuosa del Evangelio. El ojo del Señor, siempre abierto, lo ve todo; sus oídos todo lo oyen. No os engañeis pues; Dios no será burlado por vuestras exterioridades. Yo os he presentado el exemplar de la verdadera y de la falsa adoracion en la persona de Herodes y de los magos. Estos fueron adoradores de Jesucristo en espíritu y verdad. Ofrecen al Señor lo que son y lo que tienen mas apreciable. Vuelven á su patria por un camino que los aparta de Herodes y de los enemigos de Dios: obedecen con fidelidad á Jesucristo, siguen sus inspiraciones, pregonan su Divinidad, y meditan su ley santa.

Formad pues vosotros una idea justa de la religion que profesais, y cumplid con el principal deber que os impone, que consistè en adorar á Dios en espíritu y verdad. Para esto es necesario, que despues de haber conocido á Jesucristo por la fe, le honremos por el cumplimiento de su ley. Es indispensable, que convertidos al Señor por la luz de su gracia, abandonemos las sendas de la iniquidad, por donde caminan los enemigos de Dios; y que no contentos con las exterioridades, ofrezcamos á Jesucristo un corazon puro, lleno de veneracion y de amor, adorándole en espíritu y verdad sobre la tierra, para gozarle en el cielo. Amen. *DIXE.*



SERMON V.

De Purificacion.

Tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. Luc. II.

SEÑORES:

La ceremonia legal, cuya memoria excita la Iglesia en este dia, se mandó observar en Israel, para que no olvidasen que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, con brazo extendido y fuerte los habia sacado de la dura esclavitud de Egipto para colocarlos en la tierra de promision. Antes de esta salida habia el ángel exterminador quitado la vida á todos los primogénitos de Egipto, excepto

los hijos de Israel. Para eternizar la memoria de tan singular beneficio, ordenó el Señor que le fuesen ofrecidos en el templo todos los primogénitos.

En cumplimiento de esta ley llevaron sus padres al Infante Jesus á Jerusalén para presentarlo á Dios. María, mas pura que los ángeles, y Reyna de ellos, que realzó su pureza por su fecundidad virginal, no se avergüenza de confundirse con las mugeres de Israel, sujetas á la ley de la purificacion. Aunque exénta y distinguida por Dios de un modo tan singular, se une con su adorable Hijó, que va á ofrecerse al Padre Eterno por víctima de la salud del mundo. Humilla su corazon, y ofrece su alma á la espada de dolor que le anuncia en este momento el santo Simeon. Este anciano venerable toma en sus brazos al divino Infante, que María llevaba en los suyos, é ilustrado por Dios reconoce á su Salvador. Agitado.

de aquel divino Espíritu que ha hecho en todo tiempo hablar á los Profetas y Apóstoles, clama arrebatado de un santo transporte: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace.* Ya, Señor, he tenido el consuelo de ver al deseado de las gentes, y por quien tanto han suspirado los profetas; dexadme ir á descansar en paz: ya es tiempo que mis ojos se cierren al mundo, porque han visto á su Salvador.

Ni fué este el único tributo de alabanza que Jesucristo recibió en esta ocasion. Una santa muger, consagrada al ministerio de los altares, que habia envejecido en el templo, le confesó por Mesias, y hablaba de él con todos los que esperaban la redención de Israel. Por manera, que uno y otro sexó parece le tributaban á porfia los debidos homenages. Todo el pueblo presente á este espectáculo, oyen con admiracion los oráculos que anuncian la grandeza del Mesias.

Josef y María que le han visto adorado por los ángeles, por los pastores y los reyes, sienten un nuevo aumento de júbilo al oír tan gloriosos vaticinios.

Hé aqui en substancia el gran misterio de este dia. Mas como seria difícil reunir en un solo discurso las diferentes ideas que nos presenta el Evangelio, las reduciré á tres principales artículos, que juntamente con la inteligencia del misterio, nos ponen á la vista tres condiciones necesarias para el perfecto cumplimiento de la ley de Dios. Esta en primer lugar debe ser completamente observada, á imitacion de Jesucristo. En segundo, debe cumplirse fielmente en todas las ocasiones, á imitacion de María. En tercer lugar, es necesario observarla hasta el fin, á imitacion de Simeón. Pidamos al Espíritu Santo las luces y disposiciones necesarias para aprovecharnos de su doctrina. Sea la intercesora para ob-

tener esta gracia su augusta Esposa María. Saludémosla con el ángel. *Ave María.*

Tulerunt Jesum &c.

Dios, como Sér Supremo y Soberano de la naturaleza, ha impuesto á todas las criaturas leyes que las obliguen á reconocer su absoluto dominio. En los séres inanimados no es otra cosa esta ley natural, que la impresion general del dedo de Dios, que las hace obrar á todas segun las propiedades que les ha dado. En los animales es el instinto natural el que les hace buscar lo que les es propio, y huir de lo que les es contrario. En los hombres esta ley natural es la razon, glorioso privilegio de las almas inmortales, gérmen primitivo de la ciencia, que encierra grandes conocimientos, y soplo de la Divinidad,

que nos crió á su imágen y semejanza.

Mas como los principios de la ley natural no estaban bastante descubiertos por las luces solas de la razon, y como por otra parte las tinieblas que el pecado de Adan derramó sobre nuestras almas habian alterado en ellas la pureza de estos primeros conocimientos, explicó Dios (para decirlo asi) la ley natural por la de Moisés. Finalmente, para que el hombre, quebrantando la ley divina, no tuviera excusa alguna; el Eterno Padre, despues de haber manifestado el modo con que queria ser honrado, por el ministerio de los patriarcas y de los profetas, nos habló en la última edad del mundo por medio de su Hijo, que se dignó confirmar su doctrina con su exemplo.

Hé aqui la idea general que Dios nos ha dado en orden al conocimiento y cumplimiento de su ley. Lo primero

que exige de nosotros, es que preparemos el corazón para observarla con fidelidad: preparacion necesaria, cuyo modelo nos presenta Jesucristo en el misterio de este dia. Cuando María y Josef le ofrecen exteriormente como á primogénito, con arreglo á lo dispuesto por la ley, se ofrece interiormente él mismo, sometiéndose con sumision á la voluntad del Eterno Padre, conforme á la prediccion de un profeta, que hablando en su nombre dice: á la frente del gran libro de los decretos de Dios está, Señor, ordenado que haga vuestra voluntad: yo asi lo quiero, Dios mio, y abrazo vuestra ley con todo mi corazón.

Mas para conocer toda la extension del sacrificio que como Sacerdote y Víctima ofrece hoy Jesucristo, es necesario notar, que ademas de la ley generalmente impuesta á los judíos y cristianos de observar el Decálogo, hay una ley particular para cada uno de nosotros, que consiste

en seguir respectivamente los designios de la divina Providencia; es decir, los deberes de su estado. El Salvador para darnos exemplo, no solo se sujeta á la ley de Moisés en general, sino que abraza la ley particular que le ha impuesto el Padre Eterno, y que era correspondiente al carácter de Mesías.

En efecto, aunque inocente é impecable, nacido de una Virgen sin mancha, no solo quiere que ésta se sujete á la ley de la purificacion, confundiendo entre las mugeres pecadoras, sino abrazar él mismo con toda fidelidad los deberes particulares que le ha impuesto su Padre en calidad de Redentor de los hombres. Oídlo hablar por el Apóstol en su carta á los hebreos. ; Padre mio! dice, Vos no habeis apreciado la sangre de los animales; las hostias, las oblaciones, los holocaustos no os han agradado; pero me habeis formado un cuerpo sujeto á los tormentos y á la

muerte. Héme aqui pronto á ofrecermé en sacrificio: *Corpus autem aptasti mihi, tunc dixi, ecce venio.* Además, las palabras con que el santo Simeon anunció á María la espada de dolor que penetraría su corazón, ¿qué otra cosa fueron que una consecuencia legítima de los sentimientos del Salvador? Animado aquel anciano venerable del Espíritu de Dios, conoce que esta espada espiritual ha penetrado ya el alma de Jesucristo, y viéndole preparado á la muerte, quiere preparar á la Madre diciéndola: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.*

Este grande exemplo que nos presenta hoy Jesucristo, primogénito de los hombres, exemplar y cabeza de los predestinados, es el perfecto modelo de imitacion que la Iglesia nos propone para instruirnos en la verdadera preparacion que debemos tener en orden á la observancia de nuestra ley. Nuestras voluntades con-

tenidas en la de nuestro primer padre Adan, fueron cómplices de su rebellion. Es necesario pues que éstas mismas voluntades conformes á la del segundo Adan participen, dice S. Ambrosio, del mérito de su obediencia. Es menester, digo, que nuestros corazones reunidos al de nuestro Gefe, entren en este sacrificio de oblacion que ofrece hoy en el templo á su Padre celestial. No basta para el desempeño de este deber esencial la promesa que hicimos en el sacro Bautismo, de ser fieles observadores de la ley de Dios. Debemos ratificarla por nuestra propia voluntad, y adherir ésta á la de Jesucristo, para conformarnos á su adorable imágen, sin lo cual, segun él Apóstol, no seremos salvos.

Para instruirnos en esta verdad, y estimularnos al cumplimiento de ella, pone diariamente la Iglesia en boca de sus ministros aquellas palabras del Rey profeta, que no son otra cosa

que una continua protesta de su fidelidad á la ley. Ya dice, que su herencia es observar la ley del Señor; ya protesta, que en sus mayores distracciones no ha olvidado los mandamientos de Dios. Aquí testifica, que ama mucho mas su ley, que todas las riquezas de los pecadores; allí declara, que suspira de todo corazón por observar los divinos preceptos. Aquí dice, está pronto á seguir la ley en todo, sin que le turben las obligaciones que ella impone; allí afirma, que la ley está siempre en el corazón y voluntad del justo. Aquí... ¿Mas para qué me canso y os molesto con una larga enumeracion de testimonios sobre una verdad decidida en todas las páginas de la santa escritura?

¿Y dónde estan; ó mi Dios! los que desempeñan fielmente este deber esencial de la religion? ¿Dónde los que meditan y anhelan por la observancia de vuestra ley? ¿Dónde los

que diariamente preparan su corazón para adoraros en espíritu y verdad? ¿Son por ventura estas mugeres del gran mundo, que dividen sus días entre el cuidado de sus adornos y de sus placeres? ¿Son estos hombres de negocio, cuyo principal desvelo consiste en atesorar con perjuicio del público, del huérfano y de la viuda? ¿Son estos libertinos, cuyas infames acciones aun el mismo sol se avergüenza de publicarlas? ¿Son estos ambiciosos políticos, que solo ofrecen incienso al ídolo de su fortuna, sin hincar delante de Dios sus rodillas? ¿Son estos artesanos y menestrales, que emplean los días festivos en un trabajo que les está prohibido? ¡Ah! no os engañéis, señores. Aprovechad, os ruego, el exemplo de Jesucristo, que se somete de todo corazón á la ley. Preparad, añado, el vuestro á imitación de María, observando los mandamientos de Dios en todas las ocasiones que se os presenten. Segunda reflexion.

II. Sujetándose la santa Virgen á la ley de la purificacion, nos da la leccion mas importante acerca del cumplimiento exácto de la ley de Dios. Va al templo en el día mismo prescrito por la ley; observa las ceremonias ordenadas por la ley; hace las ofrendas que prescribe la ley; en una palabra, nada omite de cuanto ordena la ley, sin alegar excusas ni pretextos. Hé aqui, señores, la exácta fidelidad con que debemos nosotros observar la ley de Dios.

El Señor, que es autor de ella, sacó del fondo de su infinita Sabiduría estos inmutables principios de la justicia eterna, que grabó con caracteres indelebles en nuestro corazón, segun Jeremías, y exprimió claramente en los oráculos de su santa escritura. David llama á los preceptos de esta ley proposiciones originales, y testimonios apoyados sobre fundamentos eternos. Estos antiguos y fieles pensamientos de que habla el Pro-

feta, son, dice S. Ambrosio, sentencias que la justicia de Dios ha pronunciado á presencia del cielo y de la tierra. Quiso por tanto, que de la observancia ó inobservancia de esta ley dependiese nuestra felicidad ó infelicidad eterna. Esta es, dice Isaias, la condicion del pacto hecho con los hombres; pacto tan riguroso, que cubre el Señor de maldiciones por Jeremias al que no observare sus palabras: *Maledictus qui non audierit verba pacti hujus.*

Ni basta obedecer materialmente los preceptos. Es necesario que á esta obediencia acompañe la fe de Jesucristo; porque la vida eterna, segun S. Juan, consiste en conocer á Dios y al Mesías enviado al mundo. ¿Y cómo sabremos si tenemos este conocimiento que la religion exige de nosotros? Si observáremos los mandamientos. *In hoc scimus quoniam cognovimus eum, si mandata ejus observemus.* Despues de una declaracion

tan auténtica de la voluntad de Dios, ¿cómo podremos ignorar que la única senda para la vida eterna es la observancia de la ley?

Si estuvieramos penetrados de tan importante verdad, ¿veriamos ¡ó mi Dios! tan despreciada de los cristianos vuestra ley santa? ¡Criatura miserable! hija de la corrupcion y del pecado, ¿cómo osas rebelar contra tu Dios? ¿cómo te opones á los inmutables decretos de su voluntad? Antes de intimarte esta ley sobre el monte Sinai, ¿no te intimó que era tu Señor? Los relámpagos y truenos que acompañaron á la publicacion de estos irrevocables decretos ¿no te inspiran la mas rendida sumision á ellos? Porque con menos ruido los intima á tu corazon, ¿ordena por ventura con menos imperio su observancia? ¡Ah! esta voz interior que grita continuamente á vuestro espíritu sobre el cumplimiento de la ley; estas reprehensiones secretas que hace á vuestra

conciencia; las terribles amenazas que intima el Señor por boca de sus ministros contra los transgresores de la ley, ¿no son, dice S. Agustin, otros tantos truenos del precepto divino, que os estimula á obedecerlo con temor y estremecimiento?

Yo he puesto términos al mar, dice Dios por Jeremías; yo le he fijado por dique eterno la arena, precepto que jamas quebrantará, por mas que se entumescan sus olas; y este pueblo incrédulo se ha separado de mí, violando mis preceptos. Yo castigaré á este pueblo ingrato, dándole á beber hiel en lugar de agua.

¡Ah! si castigára Dios hoy á los transgresores de la ley con el rigor y publicidad que otras veces; si las mugeres, por exemplo, sospechosas en materia de pureza, fueran, como entre los judios, expuestas á la prueba de las aguas amargas, y la que fuese rea de incontinencia, cubierta de resultas de una vergonzosa llaga,

muriera súbitamente á presencia de todo el pueblo, me persuado no sería tan frecuente este delito en nuestros dias.

¿Mas qué digo? Si un infractor de la ley de Moisés, como S. Pablo se explica, era castigado sin misericordia por sola la deposicion de dos ó tres testigos, ¿qué suplicios no merecerán los que pisan la Sangre del Hijo de Dios, haciendo que los miembros sagrados de Jesucristo sirvan para la prostitucion mas vergonzosa? ¡Ah! ¿quién dará agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar de dia y noche á los prevaricadores de la ley, como se explica Jeremías? ¿Quién podrá bastantemente lamentar la infeliz suerte de aquellos pecadores que hacen como profesion de seguir únicamente las leyes de sus pasiones y caprichos, con abandono de la ley de Dios? que cansados de caminar por las sendas de la iniquidad, no ha-

llan otro placer en sus crímenes, que el de violar la ley que los prohíbe.

¿Quién al oír los castigos temporales que anuncia Dios á los judíos transgresores de su ley no se estremece, considerándolos como una imagen de los suplicios eternos que le amenazan? Si no me oís, dice el Señor; si no observáis todos mis mandatos; si menospreciáis mis juicios y mis leyes.... Yo enviaré sobre la tierra langostas, que consumirán vuestras siembras, y ejércitos que talarán vuestros campos. Os entregaré en manos de vuestros enemigos, y huiréis sin que nadie os persiga. Abatiré vuestra soberbia. Os daré un cielo de fierro, y una tierra de bronce.... Os enviaré siete plagas juntas. Transformaré vuestras sinagogas y vuestro templo. Os sepultaré entre las ruinas de vuestros ídolos.... Os entregaré en oprobrio á todas las naciones.... Os arrojare....

Esto, señores, dice el Dios de los Ejércitos, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob contra los transgresores de la eterna alianza que habia hecho con estos santos Patriarcas. Alianza que renovó con los cristianos, sellándola con la preciosa Sangre de su propio hijo. ¿Qué pretexto pues podremos alegar para dexar de cumplir sus leyes sacrosantas? ¿Pensais por ventura que el nacimiento, la reputacion, la belleza, el poder, la riqueza, el uso, son excusas legítimas delante de Dios, y capaces de autorizar vuestro luxo, inmodestia, disolucion y soberbia de la vida? Jesucristo, el Evangelio, el Apóstol, la Iglesia toda, os intíman seais humildes, mortificados, sencillos, templados, castos para merecer el cielo. ¿Juzgais que estos preceptos comprehenden únicamente á cierto número de personas? ¿Os persuadís á que hay dos especies de cristianismo, uno para las gentes del

mundo, y otro para los que abrazan la vida devota? ¿Ignorais que hay un solo Dios, un Bautismo, una fe, una moral, una ley, que debemos mirar como regla inmutable de nuestra voluntad, para imitar á María, que cumplió exáctamente toda la ley sin alegar excusa ni pretexto? Ni os conteneis con observar la ley por algun tiempo, porque solo el que perseverare hasta el fin será salvo, segun el oráculo de Jesucristo. Una prueba de esta fiel perseverancia nos ofrece este dia Simeon.

III. Este anciano, justo y timorato, recibe en este dia el consuelo de tener en sus brazos al Deseado de las gentes y Luz de las naciones, por quien tan largo tiempo habia suspirado. El Espíritu Santo, que habitaba en el fondo de su corazon como en un templo, por medio de la gracia santificante, le habia certificado que no moriria hasta ver al Cristo del Señor. Dios le habia diferido el

cumplimiento de su palabra hasta su extrema vejez; con el fin de probar su fidelidad por una larga série de años. Mas en este dia le corona gloriosamente, concediéndole aún mas de lo que le habia prometido; pues no solamente tuvo el gozo de ver al Mesías, sino el de estrecharlo en sus brazos; el de penetrar los más grandes misterios de su pasion y muerte, y el de descansar en paz con la justa recompensa de un siervo fiel.

Hé aqui, señores, un perfecto modelo de imitacion que la Iglesia presenta en este dia á todos los que aspiran á ver pacífico á su Salvador en su última venida; es decir, en el momento feliz en que vendrá á recompensar la fidelidad á sus leyes, como se explica S. Ambrósio. Es necesario, dice, que tengamos al Verbo de Dios entre las manos; ésto es, que nos ocupemos seriamente en meditar su divina palabra: *Accipiat in manibus Verbum Dei*. Dichoso el que pue-

da decir con el Profeta: Veo mi perseverancia felizmente consumada. La senda de vuestros mandamientos es muy extendida.

¡Qué dulce, hermanos míos! ¡qué deleitable será para nosotros la memoria de nuestros trabajos en el momento de recoger el fruto de ellos! La observancia de la ley nos cuesta ahora alguna violencia; pero nuestra fidelidad á los preceptos de Dios tendrá por recompensa la vida eterna. La paciencia en los trabajos es necesaria, dice el Apóstol, para conseguir las promesas. La realidad de estas no podemos reconocerla en esta vida, como se explica S. Cipriano, porque las cosas presentes no son el objeto de la fe y de la esperanza cristiana. Es pues necesaria la fidelidad y la perseverancia en tiempo, para ver el cumplimiento de lo que esperamos en la eternidad.

Á este fin, señores, debemos, con arreglo al espíritu del Evangelio, en-

trégar á usura nuestras buenas obras, depositándolas en los tesoros de la misericordia divina, dándoles tiempo para que entre las manos de Dios se multipliquen hasta el centúplo. No dexemos pasar, os ruego, el tiempo del mérito sin trabajar, no sea que venga el de la recompensa, cuando nada tengamos que recoger. Hagamos ahora lo que debemos, sin embárazarnos en lo por venir. Tranquilicémonos sobre la infalibilidad de las palabras de Dios, que se cumplirán á su debido tiempo. Trabajemos sin cesar por hacernos dignos de las promesas del Señor por medio de una inviolable fidelidad á sus leyes. Jesucristo nuestro Gefe nos dió en este dia el exemplo mas luminoso, sometiéndose de corazon á todas las que su Padre celestial le habia impuesto en calidad de Salvador de los hombres. María santísima su verdadera Madre nos presenta asimismo una verdadera copia de aquel divino original en la

puntual observancia de la ley, sujetándose con la mas profunda humildad á la de la purificacion, sin alegar excusa alguna, confundiendo entre las pecadoras la Reyna misma de los ángeles, y superior á ellos en pureza. Finalmente el santo Simeon perseveró constante en la observancia de la ley, mereciendo por este medio tener en sus brazos al mismo Salvador, y morir en el ósculo santo de una paz eterna. Si aspiramos pues á tanta felicidad, observemos los preceptos de Dios, que es el único medio de alcanzar la bienaventuranza, que os deseo. Amen. DIXE.



SERMON VI.

Para el dia de la Resurreccion
de Jesucristo.

Surrexit, non est hic. Matth. XXVIII.

SEÑORES:

El adorable misterio de este dia es la prueba mas fuerte y mas solemne de nuestra augusta religion. El nacimiento, la vida, las obras, las palabras y la muerte de Jesucristo forman su divino Testamento, y el sello que la confirma es la Resurreccion. Los caracteres indelebles de Divinidad que encierra no nos permiten la menor duda sobre la verdad de sus oráculos. Las obras del

puntual observancia de la ley, sujetándose con la mas profunda humildad á la de la purificacion, sin alegar excusa alguna, confundiendo entre las pecadoras la Reyna misma de los ángeles, y superior á ellos en pureza. Finalmente el santo Simeon perseveró constante en la observancia de la ley, mereciendo por este medio tener en sus brazos al mismo Salvador, y morir en el ósculo santo de una paz eterna. Si aspiramos pues á tanta felicidad, observemos los preceptos de Dios, que es el único medio de alcanzar la bienaventuranza, que os deseo. Amen. DIXE.



SERMON VI.

Para el dia de la Resurreccion
de Jesucristo.

Surrexit, non est hic. Matth. XXVIII.

SEÑORES:

El adorable misterio de este dia es la prueba mas fuerte y mas solemne de nuestra augusta religion. El nacimiento, la vida, las obras, las palabras y la muerte de Jesucristo forman su divino Testamento, y el sello que la confirma es la Resurreccion. Los caracteres indelebles de Divinidad que encierra no nos permiten la menor duda sobre la verdad de sus oráculos. Las obras del

Salvador, viviendo en carne mortal, manifestaron, dice S. Gregorio, perfecciones divinas, y enfermedades humanas, para acreditar que era verdadero Dios y Hombre. Mas era necesario que estas dos verdades fundamentales de la religion fuesen confirmadas por un testimonio separado, que les fuese propio. Jesucristo en efecto demuestra la una por su muerte, y manifiesta la otra por su Resurreccion. Allí cerró la boca á los hereges, que niegan su Humanidad; aqui confunde á los impiós, que no creen su Divinidad. Como el fundamento de la religion es la fe, proporcionó el Señor la base al edificio. Quiso cautivásemos el entendimiento baxo el yugo de su autoridad divina; pero sin que nuestra obediencia dexára de ser razonable, segun la expresion de San Pablo. *Veritas est quae nostra ratio non potest comprehendere. las ideas sublí-*

mes que se le proponen; pero las pruebas en que estan apoyadas son tan convincentes, que seria estupidez no darles asenso. La mas fuerte de estas, la mas evidente, es la Resurreccion segun los padres, porque es á un mismo tiempo el fundamento de nuestra religion, y está sostenido sobre la piedra mas sólida, que es Jesucristo glorioso, centro de todas las líneas. De este copiosísimo origen dimanán la fe, la esperanza y la caridad, estas tres virtudes teologales, que son las que santifican al cristiano, y las que lo hacen templo digno del Espíritu Santo. Nosotros en efecto serémos perfectos cristianos, si creemos en Jesucristo resucitado, si amamos á Jesucristo resucitado, si esperamos en Jesucristo resucitado; porque nuestro adorable Salvador es en este misterio el fundamento mas sólido de nuestra fe, el motivo mas firme de nuestra esperanza, y el ob-

¡Jesús! mas digno de nuestro amor: tres breves reflexiones, que dividen naturalmente la materia de este discurso. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa proteccion de su augusta Esposa. Saludémosla á este fin con la Iglesia: *Regina cæli letare &c.*

Surrexit, non est hic &c.

Si Jesucristo no hubiera resucitado, como lo habia predicho, parece dexaba á cubierto la malignidad de los judíos que le crucificaron. Ellos creían hacer un obsequio á Dios, condenándole al suplicio, persuadidos á que si era el verdadero Mesías, no permitiría la execucion de la sentencia; y si no lo era, merecia morir como impostor. Tales eran los ratiocinios de aquellos falsos doctores, cuya malicia de córa-

zon los tenia ciegos, dexándose conducir por los consejos de su extravagante sabiduría, sin percibir los de Dios, ni atender á sus oráculos: *Hæc cogitaverunt, et erraverunt, excæcavit enim, illos malitia eorum, et nescierunt sacramenta Dei.* Á pesar de los prodigios seguidos á su muerte, tuvieron la precaucion de sellar y poner guardia en su sepulcro.

¡Mas! ó vanas precauciones de la humana sabiduría! ¡cuán inútiles sois á presencia de la Sabiduría de Dios! ¡Impotente y ciega sinagoga! ¿cómo podrás impedir ó obscurecer la Resurreccion del Salvador? Ella se hará patente á pesar tuyo. La gloria de su sepulcro borrará la ignominia de su cruz. Si su muerte te ha hecho dudar de su Divinidad, ¿cómo podrás negar que es un Dios, habiendo resucitado por sí mismo?

Para establecer con mas firmeza la fe de este misterio, sobre el cual estriba toda la religion cristiana,

permitió el Señor que los Evangelistas refiriesen la incredulidad y la confesion del apóstol Santo Tomas. En efecto nuestra fe, dice S. Pablo, sería vana, si Jesucristo no hubiese resucitado. Mas habiendo resucitado, es sólida é irrefragable; porque todas las humillaciones de la vida y muerte del Salvador desaparecen á vista de la gloria inefable de su Resurreccion. ¡Infelices judios! vosotros le insultasteis, diciéndole en el momento de sus mayores tormentos, que si era Hijo de Dios descendiese de la cruz; como dando á entender estabais prontos á reconocerle por verdadero Mesías, si milagrosamente se hubiera librado de vuestras manos. Os engañais, dice S. Agustin; porque si no hubiera muerto sobre la cruz, no debias reconocerle por Salvador, en atención á que este suplicio estaba anunciado por divinos oráculos. Pero muriendo y resucitando cumple las profecías y manifiesta

su omnipotencia. Su muerte acompañada de todas las circunstancias que tantos siglos antes anunciaron los Profetas, debe convenceros que es el verdadero Mesías; y su gloriosa Resurreccion, donde aparece su virtud omnipotente, os manifiesta bien que es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, en cuya venida consistian vuestras mas dulces esperanzas. Si Jesucristo pues, dice el Crisóstomo, ha resucitado, esto no pudo ser sino por virtud de Dios: si Dios ha resucitado á su Hijo, éste lo es verdaderamente: si es Hijo de Dios, se sigue que su doctrina es verdadera, que su religion es divina, que sus milagros son incontestables, que su Iglesia es la única, que todo lo que ha dicho, aconsejado y mandado son otros tantos oráculos infalibles. Esto os enseña el Apóstol cuando dice: si Cristo no ha resucitado, es vana vuestra fe: *Si Christus non resurrexit, vana est fides vestra.*

Mas habiendo resucitado, es sólida, y sobre tan firme base todo está asegurado, porque la Sabiduría eterna tomó tales medidas en orden á la Resurrección del Salvador, que la pusiesen á cubierto de toda incredulidad, y cerrasen la boca á los impios. Las precauciones que tomaron estos para obscurecerla, solo sirvieron de hacerla mas luminosa, granjeándole mayor numero de testigos: personas que no dudaron derramar su sangre para testificarla.

Yo hago todos mis esfuerzos, dice un incrédulo, por confirmarme en la fe de este misterio; pero no puedo cautivar mi entendimiento baxo el yugo de unas aserciones tan repugnantes á mi razon. ¿De dónde tanta ceguedad, señores? De que quisieran fortificar la fe por discursos humanos, mas propios á manifestar una curiosidad indómita, que una humilde inquisicion de la verdad. En lugar de querer ver para creer, co-

mo Santo Tomas, quisieran, á imitacion de Herodes, ver los milagros de Jesucristo por solo vana curiosidad; y el Señor en castigo, no solo no condesciende á sus deseos, sino que no se digna responderles, como lo executó con aquel principe soberbio. Pero una alma sencilla que en las tentaciones contra la fe dice humillada con el ciego del Evangelio: Señor, *dadme vista*; un alma, repito, que recurre á oraciones fervorosas, al ayuno, á la disciplina, para fortalecerse en la fe de los misterios, bien presto pasará de las tinieblas á la luz.

Pidamos pues á Jesucristo en este dia solemne, en que hizo una admirable profusion de sus gracias sobre la Iglesia, pidámosle que nos fortalezca en la fe, esta raíz de la inmortalidad, como la nombra el Sabio; pidámosle, que penetrado profundamente en nuestras almas, produzca en ellas saludables frutos de

penitencia. Decid á Dios con el padre del mudo del Evangelio: yo creo, Señor, disipa mi incredulidad. Creo estas verdades eternas, que habeis revelado á vuestra Iglesia: estoy pronto á derramar mi sangre en su defensa: hacedme capaz de entender los adorables misterios de vuestra religion: haced brillar á mis ojos aquella columna de fuego que guiaba á los israelitas durante la noche; aquel rayo de luz que conduce á los humildes por entre las tinieblas misteriosas que á veces los rodean.

Si perseverais con humilde confianza en esta oracion, reconoceréis bien presto su eficacia por un aumento de fe, que disipará todas vuestras nubes. Frecuentad los Sacramentos, dad limosna, ocupaos en ejercicios de piedad; porque las buenas obras son los frutos de la fe, con los cuales se nutre y se conforta. Entre las inquietudes que tal vez os agitan, multiplicad las buenas obras. Vuestros cono-

cimientos confusos é imperfectos, vendrán á ser mas claros y distintos. Semejantes al ciego del Evangelio, que antes de ser perfectamente curado solo veía los hombres á manera de árboles; por medio de la oracion y buenas obras pasaréis de una fe vacilante á una creencia firme, y con los verdaderos discípulos de Jesucristo adoraréis al resucitado en el lugar santo, donde quedaron impresos los adorables vestigios de sus pies: *Adorabimus in loco, ubi steterunt pedes ejus*; es decir, en la Iglesia católica, donde dexó la impresión visible de sus huellas, y fuera de la cual solo hay tinieblas.

¿Qué mas? Sentiréis, como Pablo, caer de vuestros ojos las escamas de vuestra ceguera, y en el transporte de vuestra alegría clamaréis con el apóstol incrédulo: *Deus meus, et Dominus meus*. ¡Mi Señor y mi Dios! yo te bendigo por haberme sacado de mi error, y ha-

berme hecho palpable por el misterio de este día la verdad de vuestra santa religion. Vuestra Resurreccion, Señor, no solo es el fundamento de nuestra fe, sino el mas poderoso estímulo de nuestra esperanza.

II. El mundo, señores, está lleno de cristianos apóstatas y pusilánimes, que ó sacuden el yugo de la fé, ó abandonan el áncora de la esperanza. Blasfemando lo que ignoran, unos gradúan de imaginarios los bienes invisibles, otros miran su posesion como imposible. Fixos sus ojos en lo terreno, en nada aprecian la mansion eterna, como se explica un profeta. Esta ilusion del corazon humano, esta pusilaninidad de espíritu debe desaparecer á presencia de Jesu-
cristo resucitado, cuyo misterio, que solidó nuestra fe, reanima nuestra esperanza.

¡Cristiano pusilánime! que turba-
do por los remordimientos de tu conciencia criminal, solo concibes un

temor servil, sin abrigar en tu cora-
zon la mas leve esperanza de poseer
al Dios que te crió para sí. ¡Desdi-
chado Esau! que hambriento de bie-
nes percederos, vendiste la pri-
mogenitura por un porage despre-
ciable. ¡Hijos pródigos! que aban-
donada la casa de vuestro Padre Dios,
habeis disipado sus dones inestima-
bles por medio de una vida licen-
ciosa; salid de esa miserable escla-
vitud, de esa indigencia; elevad
vuestro espíritu sobre las imágenes
de los sentidos; contemplad este gran-
de objeto de la religion; mirad á este
Hombre Dios, que revestido de su
propia carne, sale triunfante del
sepulcro, y la resucita como gage de
la inmortalidad que te ha prometi-
do, si aspiras seriamente á obtenerla
animado de esperanza cristiana. Des-
de este valle de lágrimas, y desde el
fondo de tu vileza propia levanta tu
corazon á Dios, y reanima tu con-
fianza en el Señor, que encarnó

por ti, murió por ti, resucitó por ti.

¡Qué ideas tan sublimes y de tanto consuelo! La esperanza cristiana nos promete la posesion de Dios, la resurreccion de nuestros cuerpos, la vista de la santísima Humanidad de Jesucristo, y la union eterna de esta Cabeza con sus miembros. Como no solo vino al mundo á merecer la gloria de este Cuerpo que habia tomado en el seno de una Virgen, sino tambien á obrar la salud de todos los fieles, podemos decir con el Apóstol, que Dios nos ha resucitado y nos ha dado asiento en el cielo con su Hijo, por habernos concedido el derecho de resucitar y de subir con él al cielo: *Consuscitavit, et sedere fecit in caelestibus in Christo Jesu*; pues aunque el misterio de la perfeccion del cuerpo místico de Jesucristo, por lo que á nosotros mira, no esté consumado al presente, lo está respecto de Dios,

á quien desde la eternidad todo le es manifiesto.

La esperanza pues, como S. Agustín se explica, no es de una cosa obtenida ya por nosotros; pero delante de Dios, que nombra igualmente las cosas que son como las que no existen, según el Apóstol, nuestra resurreccion futura es anticipada por la de Jesucristo; porque este divino Gefe triunfó de la muerte por sí y por nosotros mismos, que somos una parte suya en cierto modo. La Cabeza de este Cuerpo místico está en el cielo, que es la mansion de la vida, y una parte de sus miembros está aún sobre la tierra, que es la region de la muerte; pero esta Cabeza celestial derrama sobre todo su Cuerpo una vida divina, por medio de su gracia, que es un germen y gage de la inmortalidad. Por manera, que los justos que perseveran en la gracia hasta el fin, viven de la vida de Jesucristo, aun cuando pagan su tri-

buto á la naturaleza. Ellos, dice el Sabio, mueren al parecer á los ojos de los insensatos; pero quedan entre las manos de Dios cuando descienden al sepulcro, y su muerte es semejante al sueño.

¿Quereis pues que Jesucristo resucitando confirme vuestra esperanza de morir en gracia suya? Consideradle, os ruego, como verdadero modelo de una perfecta conversion. No solo sale del sepulcro cargado de despojos de la muerte y del pecado, para animaros á salir de la bóveda de vuestros crímenes, sino que resucita para no volver mas á morir, como dice el Apóstol. Si habeis pues resucitado con Jesucristo; es decir, si por su misericordia habeis salido del sepulcro de la culpa, abandonad para siempre las sendas de la iniquidad, que os han conducido mas de una vez á este espantoso abismo, poniéndoos á la orilla del precipicio eterno. Si habeis resucitado de

la muerte de la culpa á la vida de la gracia, dexad ya el dolo, la usura, la avaricia, sacudid el espíritu de ambicion, de lascivia, de soberbia, renunciad de corazon la vanidad y demas obras de tinieblas con que el mundo y el demonio os brinda, y sereis fieles á la promesa que hicisteis al Señor al ser reengendrados en las aguas del sacro Bautismo. Elevad al cielo vuestra mente, y no querais mirar la tierra como lugar propio de vuestra mansion, sino como peregrinos que marchais á buscar el lugar santo, la ciudad permanente, no fabricada por mano de los hombres, sino por las del mismo Dios, á cuya diestra está sentado nuestro Gefe, nuestra Cabeza, nuestro Salvador. Emprehended desde hoy una vida nueva, que muestre los caractéres de una verdadera resurreccion; esto es, de una sincera penitencia, que manifieste los despojos de las culpas que habeis

abandonado. En esta hipótesi, Jesucristo resucitado no solo será fundamento de vuestra fe, poderoso estímulo y apoyo de vuestra esperanza, sino tambien objeto é incentivo de vuestro amor.

III. ¿No es este ; religion sagrada! el principal homenaje que exigís de nosotros? ¿No es este el primero, el mas urgente y esencial de los preceptos de la ley? ¿No es Jesucristo resucitado, glorioso y triunfante de sus enemigos, el objeto mas amable, el mas obligatorio respecto de todo fiel cristiano? ¿Cómo podrémos pues rehusarle aquel amor de preferencia sobrenatural que nos haga anteponerle á todo amor natural y sensible? El que no le ama sobre todas las cosas, permanece en la muerte, y no merece el nombre de cristiano, cuya institucion es amar la virtud y obedecer la ley.

Para observar esta disciplina, de la cual depende la salud eterna, con-

viene tener presente lo que nos enseñan los teólogos; á saber, que el medio mas eficaz para hacer prontos y grandes progresos en la virtud; para triunfar de las tentaciones de la carne y de la sangre; para hacerse terribles al demonio, y purificar la imaginacion de las fantasmas de la sensualidad, es excitarse al amor de Jesucristo, meditar con frecuencia los misterios de su vida, pasion, muerte y resurreccion gloriosa, consumacion de todos. ¿Sabeis porqué? porque en esta meditacion se inflama el fuego de la caridad, como dice el Profeta: *In meditatione exarscet ignis*. Este fuego sagrado, que Jesucristo vino á traer al mundo con el designio de que causára un incendio general en todos los corazones; este fuego sagrado, tanto mas operativo quanto mas adherido á los preceptos de Jesucristo, inflamaba el corazon del Rey profeta, que al paso que corria con fidelidad por la

senda estrecha de los mandamientos, dilataba el Señor su espíritu en la oracion y meditacion del futuro Salvador de los hombres.

Si quereis pues vosotros perseverar en la resolucion que habeis tomado á los pies de los altares, de huir del pecado, y mudar de vida; si quereis atraer del cielo este rocío benéfico, que vaya templando las voraces llamas de esta babilonia, los ardores, digo, de vuestra concupiscencia; bebed en las fuentes del Salvador estas aguas divinas, que saltan hasta la vida eterna. Contemplad en espíritu á Jesucristo crucificado y resucitado, que conserva sobre su Cuerpo glorioso las cicatrices de las heridas que recibió por vuestra salud. Bañaos mentalmente en este manantial de la vida, excitandoos al amor de vuestro divino Redentor. Postraos humildemente y con fe delante de su imagen: tenedla presente á vuestro espíritu, y besad las glo-

rias cicatrices de sus llagas. Estas prácticas exteriores de piedad, fundadas sobre un espíritu interior que las anime, y sobre la observancia de los mandamientos, son, para decirlo así, como otros tantos soplos divinos, que encienden el fuego de la caridad, y hacen al cristiano terrible á los demonios.

En efecto, si estos espíritus infernales huyen al ver la señal de la cruz, ¿qué será á vista de la imagen de Jesucristo crucificado y resucitado, grabada con los caracteres del fuego del amor en un alma? ¿No fué esta hoguera donde el apóstol Santo Tomas reanimó su fe, su abatido espíritu, y su amor casi extinguido? Apenas el velo de la incredulidad dexó libres los ojos de este apóstol, ¿no expresó su amor á Jesucristo resucitado por las palabras mas afectuosas y llenas de transporte? Luego que la Magdalena oyó la voz de Cristo resucitado, que la llamaba por su nom-

bre, ¿no vino al punto á arrojarle á sus pies? Los discípulos que le acompañan por el camino de Emaús, ¿no sienten su corazón abrasado en el fuego de la caridad y amor divino cuando les explica las santas escrituras?

¡Dichosa tierra, que por espacio de cuarenta dias fuiste consagrada por este Cuerpo glorioso, cuya presencia será la eterna felicidad de los ángeles y de los santos! ¡Dichosos los que por espacio de cuarenta dias tuvisteis el consuelo de conversar con el Salvador de los hombres, y gozar de su adorable vista! ¡Dichosas almas las que os esforzais á meditar en este inefable misterio, presente á los ojos de vuestra fe, encendida en amor de Jesucristo! Yo, señores, os he oído mas de una vez lamentar vuestra frialdad y tibieza en el servicio de Dios. Vuestro corazón en efecto mas me parece de piedra que de carne en los dias mas

solemnes de la Iglesia. Esto procede de no meditar las grandes verdades de la religion. Cuando hayais entrado en el espíritu de ella, conoceréis que Jesucristo vino al mundo á traer el sagrado fuego de su amor, y que solo desea arda incesantemente en nuestros corazones; conoceréis, repito, que todas sus palabras, sus obras, sus misterios van dirigidos principalmente á este fin; conoceréis, para decirlo de una vez, que su adorable Resurreccion es el fundamento mas sólido de nuestra fe, el apoyo mas firme de nuestra esperanza, y objeto el mas digno de nuestro amor.

¡Amabilísimo Jesus mio! arrojad sobre nosotros una centella de aquel fuego divino que purificó á la pecadora del Evangelio y al buen Ladrón en un momento; el que inflamó el corazón de los Paulos y Agustinos, convirtiéndolos en vasos de eleccion. Comunicadnos, Padre mio, un fuego

ardiente de vuestra caridad, que triunfe de nuestras pasiones y de los violentos ataques de la concupiscencia; que nos haga dóciles á vuestros preceptos, compasivos de nuestros hermanos, solícitos de nuestra salud, zelosos de vuestra honra y gloria, para que viviendo y muriendo en gracia vuestra, merezcamos acompañaros en la eterna felicidad. Amen. DIXE.

SERMON VII.

Para el día de la Ascension.

Videntibus illis elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum. Act. Apost. c. I.

Jesucristo se elevó á los cielos á presencia de sus discípulos, y una nube le ocultó á sus ojos.

SEÑORES:

El misterio de la Ascension gloriosa de nuestro Salvador, que la Iglesia propone en este día á los ojos de nuestra fe, es sin duda el mas propio á excitar y fortificar nuestra piedad. En efecto, ¿qué especta-

ardiente de vuestra caridad, que triunfe de nuestras pasiones y de los violentos ataques de la concupiscencia; que nos haga dóciles á vuestros preceptos, compasivos de nuestros hermanos, solícitos de nuestra salud, zelosos de vuestra honra y gloria, para que viviendo y muriendo en gracia vuestra, merezcamos acompañaros en la eterna felicidad. Amen. DIXE.

SERMON VII.

Para el día de la Ascension.

Videntibus illis elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum. Act. Apost. c. I.

Jesucristo se elevó á los cielos á presencia de sus discípulos, y una nube le ocultó á sus ojos.

SEÑORES:

El misterio de la Ascension gloriosa de nuestro Salvador, que la Iglesia propone en este día á los ojos de nuestra fe, es sin duda el mas propio á excitar y fortificar nuestra piedad. En efecto, ¿qué espectá-

culo mas edificante, que ver por fe á Jesucristo, que acompañado de sus discípulos, y á vista de ellos se eleva sobre las alas de los vientos, y cargado de despojos de la muerte y del infierno, penetra hasta lo mas alto de los cielos, para colocar á la diestra del Padre aquella sagrada porción de nuestra carne, que habia tomado para que fuese objeto eterno de nuestras adoraciones despues de haberla ofrecido por víctima de nuestra salud? ¿Cuál seria nuestra admiración, si disipada la nube de la fe, viesemos el triunfo con que entró en el cielo el Rey de la gloria? ¿Qué multitud de cautivos, libres ya de las prisiones subterráneas, en que por tantos siglos estaban detenidos, no siguen el carro de su libertador! ¿qué de almas inocentes, que desde Abél justo hasta aquel momento, por fieles á la ley de Dios, y santificadas por su gracia, salen del limbo de los padres;

para acompañar el triunfo de su Redentor, y entrar en su gloria, segun la diversidad de sus méritos! Alzaos, puertas eternas, dirian, y entrará el Rey de la gloria triunfante de todos sus enemigos, y manifestando en el esplendor de las cicatrices ó señales de su pasión el estrecho enlace que tienen las aflicciones de esta vida mortal con la gloria futura.

En efecto, señores, si fué conveniente que padeciese Cristo, para entrar así en su gloria, segun su mismo oráculo; si no fué coronado el Gefe sino despues de haber sido crucificado; ¿cómo podremos nosotros subir con Jesucristo al cielo sin haber subido antes con él al calvario? ¿Cómo podremos participar del torrente de sus delicias sin haber antes gustado el caliz de su pasión? ¿Deberá por ventura el discípulo ir por senda distinta de la de su Maestro? De aquí, señores, se infieren dos le-

Tom. X. L

gítimas consecuencias, que me servirán de materia para vuestra instrucción. Primera, que las aflicciones de esta vida deben fortalecer nuestra esperanza de subir al cielo con Jesucristo. Segunda, que esta misma esperanza debe fortalecer nuestra paciencia en los trabajos de esta vida: dos breves reflexiones dignas de esta cátedra y de vuestra atención. Imploramos las luces del Espíritu Santo por la eficaz protección de María santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave María.*

Videntibus illis. Sc.

Para comprender bien la materia que os he propuesto, debéis traer á la memoria aquel gran principio de S. Agustín; á saber, que nombrando á Jesucristo en el sentido místico, no solo entendemos la Cabeza, sino

también los miembros; esto es, no solo la persona adorable del Verbo, sino todos los electos que ha habido y habrá desde el principio hasta el fin del mundo. Él reyna en el cielo con sus miembros, á quienes ya ha coronado, y gime asimismo sobre la tierra con sus miembros, que sufren aún y combáten. Como hace bienaventurados á los de la patria por la gloria que les comunica, hace á los de acá santos por la influencia de su gracia.

Este cuerpo místico en efecto no estará completo hasta la consumación de los siglos, cuando todos los miembros predestinados, unidos con su Cabeza, concurren, como dice el Apóstol, á formar el hombre perfecto y la plenitud de Jesucristo. Esta es la venida del Reyno que pedimos á Dios en la oración del *Padre nuestro*; porque el Hijo adorable, á quien fué dada toda potestad en el cielo y en la tierra, rodeado de los

ángeles y de todos los electos, que compondrán este Reyno eterno, hará un digno homenaje á su Padre celestial: *Cum tradiderit regnum Deo, et Patri*. Entonces la Esposa y el Esposo; es decir, la Iglesia y Jesucristo formarán un sólo hombre, según la expresión del mismo Apóstol. Entonces, repito, se celebrarán las bodas del Cordero con la magnificencia digna de la Esposa y del Esposo. Entonces, para decirlo de una vez, nuestra naturaleza, lavada y purificada de todas sus manchas con la Sangre del Cordero, gozará plenamente toda la gloria de su divina alianza.

¿Y cuál, os ruego, es el principio de este glorioso estado sino la Ascension de Jesucristo? Como es el último de sus misterios, es también el sello. Jesucristo murió, dice el Apóstol, para nuestra redencion; resucitó para nuestra justificacion, y subió á los cielos para nuestra glori-

ficacion. Ya habia dicho á los Apóstoles, que iba á prepararles el lugar. Como Primogénito entre todos sus hermanos, dice el Crisóstomo, llevó al cielo las primicias de nuestra naturaleza, y tomó posesion de la herencia celestial, para que los demas fueran despues participantes de ella. Este Sanson divino, rotas las ligaduras de los filisteos, y quebradas las puertas del infierno y de la muerte, las llevó hasta la montaña, para que fuesen un trofeo eterno de su victoria. Subió al cielo con sus llagas, á fin de que el precio de nuestra redencion, presente siempre á los ojos del Eterno Padre, tuviese abiertas las puertas del Reyno de Dios.

Grabemos pues profundamente en nuestras almas esta gran verdad y de tanto consuelo; á saber, Jesucristo resucitado ha subido al cielo para prepararnos el lugar de nuestra felicidad eterna. Este es propiamente el día de nuestra libertad y de nues-

tra gloria: día, en que las bóvedas celestes, que no se habian inclinado aún para recibir hombre alguno, se abaten, por decirlo así, para servir de trono, no solo á Jesucristo, sino á todos sus escogidos: día, en que el Rey de la gloria y Señor de las virtudes sube al cielo llevando cautiva á la cautividad misma. Si tenemos pues la dicha de morir en una gracia consumada, no temamos, dice S. Cipriano, ser detenidos en estos lugares subterráneos; porque nuestro divino Reparador ha roto las puertas de estas prisiones tenebrosas, y nuestra alma subirá al cielo en el momento que sea desatada de las ligaduras que la unen al cuerpo; y éste mismo, vaso de la gracia, templo del Espíritu Santo, instrumento de las virtudes y víctima de la mortificación, acompañará á su alma en el fin de los siglos, en sociedad de mérito y de gloria por una eternidad. ¿Qué destino, qué dignidad, qué excelencia com-

parable á la de subir á reynar con Jesucristo?

Mas para lograr tanta felicidad es necesario, señores, subir antes al calvario con Jesucristo, porque no participaremos de su gloria, sin haber antes participado de sus aflicciones. El hombre por su primer pecado se hizo acreedor á esta pena; ni puede obtener el perdon de su crimen, sin sufrirla con paciencia. El Reyno de Dios, dice Jesucristo, padece violencia, y solo se arrebatá haciéndose violencia. Dios, cuya misericordia es sobre todas sus obras, sin perjuicio de su divina justicia, halló en su Providencia un admirable secreto de su bondad á favor de los hombres, que os ruego graveis en vuestra memoria.

Desterrados de nuestra patria en este mundo miserable por el pecado, somos como los viageros que marchan por un camino difícil, hasta que lleguemos á nuestro verdadero

término, que es el cielo. No puede á la verdad imaginarse término mas dulce que éste, ni camino mas trabajoso que esta vida. ¿Qué hace pues el Señor cuando nos saca de los continuos escollos que nos rodean en este mundo? Nos hace entrever por medio de la fe la perfecta felicidad de la vida futura, á fin de inspirarnos un ardiente deseo de volver á nuestra patria, por el disgusto que nos causan las penas de nuestro destierro, fortaleciéndonos para sufrirlas con paciencia, atendida la esperanza de volver algun dia á nuestro centro. Á este propósito, para realzar mas el resplandor de la gloria que nos tiene prometida si sufrimos con paciencia cristiana las tribulaciones de esta vida, cuando está sobre el Tabór manifestando su gloria, solo habla de los tormentos que debe sufrir en Jerusalén; y en el calvario, para dulcificar la amargura de nuestras penas, nos promete el paraíso.

Todo esto con el designio de que en medio de nuestras aflicciones suspiremos por los bienes eternos, implorando con confianza al que desde la diestra del Padre nos dice: *Venid á mí todos los que estais afligidos y abrumados; yo os consolaré, y aligerraré vuestra carga.*

Adorada sea ¡ó mi Dios! vuestra bondad, y alabada vuestra Providencia; pues sin hacer violencia á nuestra voluntad, sabeis atraernos mezclando amarguras en todas las condiciones de esta vida, corrigiendo y castigando á los que amais, para desprenderlos insensiblemente de lo terreno, y atraerlos con suavidad y fortaleza á la consideracion de los bienes del cielo. Sin esto, dice San Agustin, estariamos en peligro de tomar el camino por término; y las dulzuras de nuestro destierro nos harian insensiblemente olvidar las de nuestra verdadera patria.

En efecto, decid á un cortesano

que goza el favor del príncipe, que abandone la corte, ¿os oirá? ¡Ah! los vanos proyectos que ha formado, las locas esperanzas que ha concebido, le harán mirar como visiones y sueños todos vuestros discursos. Intimid á esta muger profana, que renuncie del mundo, que modere su luxo, que abrace un género de vida correspondiente al pudor, á la modestia cristiana, y al decoro de su sexó. Ninguna impresion le harán tus palabras, porque su corazon está ocupado de las vanas ideas de sus diversiones y placeres. Mas si un rebés de la que llamais *fortuna* trastorna los proyectos de este artificioso político, de este ambicioso cortesano; si la edad ó las enfermedades han robado la belleza de esta muger vana, idólatra de sí misma, de ordinario veréis que uno y otra mudan de sentimiento y de language.

¡Ó santas aflicciones! qué de preciosos frutos no habeis producido pa-

ra el cielo. Manasés olvidado de Dios sobre el trono, le invoca entre cadenas. Nínive floreciente se entrega á los desórdenes, y amenazada de su ruina por un profeta, se cubre de ceniza y hace penitencia. Israel invoca á los ídolos cuando goza de su poder y magnificencia, y en medio de la cautividad adora al Dios de sus padres. Saulo en el esplendor de su secta persigue á los cristianos, y derribado del caballo en el camino de Damasco, se convierte en vaso de eleccion, y proclama el nombre de Jesucristo ante todas las naciones. Apoyado el mismo Apóstol en estos y semejantes ejemplos de la divina Providencia con sus escogidos, dice á los hebreos, que no pierdan de vista á Jesucristo, autor y consumidor de la fe, que sostuvo su cruz con gozo, y está sentado á la diestra del Padre.. y que no olviden, que Dios castiga al que ama, y aflige á todo el que

recibe por hijo: *Quem enim diligit Dominus castigat...Flagellat autem omnem filium, quem diligit.*

Bendito seais ; ó mi Dios! decia el real Profeta, ¡cuán ventajoso me ha sido el que me hayais humillado! Si hubiese siempre gozado de honores y prosperidad, ¿cómo hubiera conocido el precio de los bienes futuros? Encantado con las dulzuras de mi presente felicidad, ¿cuándo hubiera yo trabajado por buscar otra? Mas habiéndome Vos afligido y humillado, me habeis hecho conocer, que no hay verdadera felicidad sobre la tierra. Bendigo pues y adoro la mano omnipotente y benéfica que me aflige. ¡Ó qué sabios, qué felices son, señores, los que conociendo que la verdadera gloria del hombre consiste en conformarse á la imagen de Jesucristo, reciben con voluntad pronta y con humildad de corazón el cáliz de amargura que les ofrece en esta vida! Jesucristo, decia Ter-

tuliano, fué un Varon de dolores antes de ser reconocido por Dios de gloria y magestad; ni entró en el cielo sino despues de haber sufrido los oprobrios del calvario.

Levantad pues, ¡almas afligidas! levantad los ojos de vuestra fe, y considerad que el que os ha precedido en el camino de la cruz es vuestro Maestro, vuestro Salvador y vuestro Juez. Seguidle con esfuerzo y fidelidad, acompañándole con la cruz de vuestras aflicciones, porque ellas deben animar y fortalecer vuestra esperanza de subir al cielo; y esta esperanza misma debe confortar vuestra paciencia en los trabajos de esta vida. Segunda reflexión de este discurso, que expondré con la posible brevedad. Renovad vuestra atención.

II. Los medios que nos conducen á un fin, segun la regla de la moral, mudan en cierto modo de naturaleza, para participar de la del fin. Asi las

alegrías mundanas, que en sí mismas son bienes, se convierten en males respecto del infierno, adonde conducen de ordinario al pecador. Igualmente las aflicciones y penas de esta vida, que en realidad son males, se convierten en bienes respecto del cielo, adonde conducen á los que saben hacer buen uso de ellas. El Salvador confirma este principio, cuando para fortalecer á sus discípulos, tristes á presencia de los trabajos que debían sufrir en esta vida, les dice, que su tristeza se convertirá en gozo. Para dulcificarles asimismo el dolor que debía causarles su ausencia en este día, les anuncia que le verán dentro de poco tiempo. Conducido el Apóstol por estos invariables principios, nos exhorta, no solo á sufrir las tribulaciones con paciencia, sino á tolerarlas con la alegría que debe inspirarnos la esperanza, según la expresión de S. Pablo, que protesta de sí mismo, abunda en gozo en todas

sus tribulaciones, y que solo se gloria en la cruz de Jesucristo.

¡Que no pueda yo ni aun bosquejar la pintura de la inefable felicidad que promete Dios á las almas afligidas! ¡que no pueda correr por un momento el velo que nos oculta á este Señor de magestad, rodeado de innumerable multitud de ángeles y santos que le colman de bendiciones! ¡Qué amables os parecerían las tribulaciones de esta vida, á presencia de tan gloriosas recompensas! ¡cuánto amaríais la pobreza de espíritu, origen de tantas riquezas! ¡cuánto unas aflicciones que terminan en tantos placeres! ¡cuánto unas humillaciones coronadas con tanta grandeza! Mas quién podrá esprimir lo que ni aun concebir es posible? ¿Quién es capaz de penetrar, como se explica el Apóstol, lo que ni el ojo vio, ni oyó el oído, ni cabe en la idea del hombre? Pero me atrevo á decir, apoyado en el espíritu de la

religion, que corresponde á nosotros animar nuestra fe en todas las aflicciones que nos ocurran, para conocer que en el buen uso de ellas consiste nuestra felicidad. Ellas en efecto nos son enviadas por Dios ó en castigo de nuestras culpas, ó para estímulo de penitencia, ó para expiación de nuestro reato, ó para aumento de nuestra piedad. En todas estas hipótesis debemos bendecir la mano que nos affige, tolerando con paciencia, en consideracion á las promesas eternas, que deben servir al affligido de un verdadero consuelo.

En efecto, cuando un hombre, reducido á extrema indigencia, ve por otra parte tantos bienes disipados por la vanidad, luxo y sensualidad de los poderosos, ¿qué le puede consolar en este estado sino la esperanza de gozar riquezas eternas en el cielo, como el mendigo Lázaro, al paso que estos ricos sensuales y desapiadados carecerán de una gota

de agua con que refrigerar sus fauces, como sucedió al epulon del Evangelio? Cuando esta viuda oprimida sufre á la puerta de un juez inflexible los ultrajes de un doméstico insolente, que ni aun lamentarse de su miseria le permite, ¿quién puede sostenerla en esta prueba tan dura sino las promesas del declarado protector de las viudas y los huérfanos, que vengará algun dia esta injusticia, y enxugará las lágrimas de los affligidos? Cuando este hombre naturalmente moderado, incapaz de cometer estas baxezas indignas, que atraen de ordinario la proteccion de los grandes, enemigo de estas aduaciones y solicitudes importunas, que suelen ser el medio de conseguir las recompensas debidas al verdadero mérito; cuando este hombre, digo, se ve sacrificado por el interés, recusado por el favor, obscurecido por la envidia, suplantado por la cabala, ¿qué otro recurso le queda

sino conocer que el mundo ama á los suyos; que el verdadero mérito para los ascensos consiste en ser digno de ellos; que el reyno de Jesucristo y de sus verdaderos discípulos no es de este mundo, y que si Dios le ha humillado por sus inescrutables juicios, es para que aliente su paciencia con la esperanza de los bienes eternos?

Estas son, señores, las consideraciones que deben alentar á un alma afligida. La afectada constancia de los paganos, en sus desgracias, no era mas que una vana ilusion. Los esfuerzos de su soberbia filosofia solo podia conciliarles un ridículo exterior de paciencia. Su corazon estaba tanto mas poseido de dolor y desesperacion, quanto menos osaban lamentarse. Mas un verdadero cristiano, convencido del espíritu de su religion, y acostumbrado á mirar las cosas con los ojos de la fe, descubre muchos escollos en las gran-

dezas; en las riquezas, en los placeres; que miran como su felicidad los mundanos; y asimismo en las humillaciones, persecuciones y miserias de esta vida, toleradas con paciencia, comprehenden ciertos gages de la gloria eterna. ¡Con qué indiferencia, por no decir horror, miran las falsas caricias del mundo! ¡con qué resignacion, con qué alegría no reciben estos golpes, estas tribulaciones con que la benéfica mano de Dios los visita! Dios, dicen con sumision, Dios me tendrá en consideracion el menosprecio que sufro, las burlas que tolero, el frio, la indigencia que padezco. Esta es la expiacion de mis culpas, y digno castigo de ellas.

¿Qué mas se necesita para dulcificar las mayores amarguras? El consuelo que dan los hombres adormece el dolor por algun tiempo. Mas la consolacion que producen estas ideas dulcifica la amargura hasta

su raíz; pues aunque nos dexen algun sentimiento de nuestros males para exercicio de la paciencia, llenan el fondo de nuestra alma de una especie de alegría interior, que la hace decir con el Profeta: *Cuando te invoqué, Señor, dilataste mi corazón.*

Por mas ventajosas que sean las aflicciones, me diréis, siempre es duro pasar por la prueba de ellas, y la naturaleza flaca no las tolera sin mucho trabajo. Yo, señores, no os pretendo insensibles por una afectacion estóica. Mas si á la luz de la fe examináis estas pruebas, por mas duras que os parezcan, conoceréis que os son necesarias para la salud eterna, y este conocimiento debe dulcificar su amargura. La adversidad, por exemplo, os priva de vuestras riquezas. ¿Pero de qué riquezas? De riquezas, que tal vez habeis adquirido injustamente; de riquezas de que habeis abusado, invirtiendo

en luxo y en satisfacer vuestra avaricia lo que Dios habia confiado para alimento de los pobres; de riquezas que Jesucristo ha reprobado, y que la muerte acaso os quitaría bien presto. Una revolucion os priva de los empleos. ¿Pero de qué empleos? ¿ó mi Dios! de unos empleos solicitados por ambicion, adquiridos por intrigas, y administrados con orgullo. La adversidad ha trastornado vuestra mesa. ¿Pero qué mesa? Una mesa como la de Baltasar, donde reinaba la licencia, la embriaguez y la desenvoltura, y donde la abundancia misma, y la delicadeza de los manjares, os hacia insensibles á la indigencia de los pobres. Vosotros habeis perdido un hijo muy amado. ¿Pero qué hijo? Un hijo á quien idolatrábais, á quien todo era permitido, cuyas malas inclinaciones disimulábais, ó por mejor decir, canonizábais, por cuya colocacion sacrificábais vuestro reposo, y

aun vuestra conciencia, poniendo mas conato en instruirlo en las máximas del mundo, que en las del Evangelio.

¿Porqué os lamentais pues de las tribulaciones que os afligen? ¿Ignorais, dice S. Agustin, que ellas son un remedio que Dios misericordiosamente os aplica? Ellas son enviadas para vuestra correccion, no para nuestro mal. Esperad pues con paciencia, dice el apóstol Santiago, esperad el momento en que vendrá Dios á coronaros. Consideraos como el grano de trigo, que debe podrirse en la tierra antes de llevar fruto. Es necesario sembrar lágrimas, para recoger gozos. Sembrad con confianza, que Dios es fiel en sus promesas, y á su debido tiempo premiará vuestra tolerancia, enxugará vuestras lágrimas, y coronará vuestra paciencia.

Entrad, señores, os ruego, en el espíritu de nuestra religion, y conoceréis desde luego, que las afflic-

ciones de esta vida deben fortalecer nuestra esperanza de subir al cielo con Jesucristo á poseer los bienes eternos, y que esta esperanza misma debe dulcificar nuestros trabajos, y sostener nuestra paciencia. Miremos pues todas las desgracias que el Señor nos envia, como otras tantas voces que nos dicen: tú no has sido criado para este mundo: tu patria es el cielo: allí está la ciudad permanente, la verdadera riqueza, el gozo, el reposo eterno. Contemplad á los ángeles que os admiran, al Salvador del mundo que os descubre sus llagas, y que desde el seno de su gloria parece deciros: ved lo que el cielo me ha costado; esta era mi herencia, y la he rescatado con mi sangre: este era mi dominio, que me pertenecia de justicia, y lo he conquistado por la fuerza y la violencia: los santos que me acompañan en la gloria me han seguido antes en las humillaciones y trabajos.

Hacedme pues inseparable compañía en llevar con paciencia la cruz de vuestra aficcion en este mundo, si quereis ser conmigo coronados en la patria celestial. Yo os la deseo. Amen.

DIXE.

SERMON VIII.

Para el dia de Pentecostés.

Cum completerentur dies Pentecostes, miserant omnes discipuli pariter in eodem loco, et factus est repente de caelo sonus tamquam aduenientis Spiritus vehementis, et replevit totam domum ubi erant sedentes. Act.

SEÑORES:

El misterio de este dia representa a nuestro espíritu la admirable vision que nos refiere S. Juan en su Apocalipsi. Este amado Evangelista nos propone a la celestial Jerusalen, como una Esposa que descende del

Hacedme pues inseparable compañía en llevar con paciencia la cruz de vuestra aficción en este mundo, si quereis ser conmigo coronados en la patria celestial. Yo os la deseo. Amen.

DIXE.

SERMON VIII.

Para el día de Pentecostés.

Cum complerentur dies Pentecostes, miserant omnes discipuli pariter in eodem loco, et factus est repente de caelo sonus tamquam aduenientis Spiritus vehementis, et replevit totam domum ubi erant sedentes. Act. II.

SEÑORES:

El misterio de este día representa á nuestro espíritu la admirable vision que nos refiere S. Juan en su Apocalipsi. Este amado Evangelista nos propone á la celestial Jerusalén, como una Esposa que descende del

cielo ricamente adornada en compañía de su divino Esposo. El Espíritu Santo abrió las doce puertas que dan entrada a esta ciudad sacramental, a cuya habitación son llamadas todas las naciones del mundo; y con el fuego de su amor purificó el oro de que están sus muros contruidos. La multiplicidad de formas, que San Pablo atribuye a la gracia del Espíritu Santo, son las que adornan la Iglesia de una rica variedad de dones y virtudes, y las que constituyen el precio y el diferente resplandor de las piedras preciosas que componen sus fundamentos. La luz de este divino Espíritu hace resplandecer de día y noche la lámpara del Cordero que ilumina el mundo con sus rayos, y la que forma, como dice San Pedro, la casa espiritual, el templo santo del Señor, que subsistirá hasta el fin de los siglos sobre esta tierra. Pero hablemos ya sin figura. El Espíritu Santo anima a toda la Igle-

sia; y como descendió en otro tiempo sobre los Apóstoles, y para que fuesen columnas firmes del augusto templo de la Iglesia universal; descendió aun invisiblemente sobre los cristianos; para que sean otros tantos templos particulares que quiere consagrar con su presencia. De este descenso invisible del Espíritu Santo sobre las almas pretendo hablaros en esta hora. La materia es de sumo interes. Mas para entrar en el fondo del misterio con algun orden y la brevedad posible, considero por ahora únicamente dos suertes de cristianos: unos, que por su fervoroso amor y caridad atraen sobre sí una mas abundante efusion del Espíritu Santo; otros, que después de haberle perdido por la culpa, lo recobran por una verdadera conversión. En dos palabras: el Espíritu Santo aumenta en su descenso la santidad de los justos que perseveran en su gracia: el Espíritu Santo obra la con-

version de los pecadores que son fieles á los movimientos de su gracia. Dos breves reflexiones, que dividan justamente el discurso, dignas de esta cátedra, de vuestra atención y de mis débiles conatos. Pidamos todos la asistencia de este divino Espíritu por la poderosa intercesion de Maria santísima. Saludémosla humildes con el ángel. Ave Maria.

Cum compleverint &c.

Nada mas frecuente en las santas escrituras que expresiones figuradas, en que los hombres son llamados templos del Espíritu Santo. Yo pondré mi tabernáculo en medio de vosotros, dice Dios en el Levítico. El templo del Señor, dice S. Pablo, está dentro de nosotros. ¿Ignorais, añade, que sois el templo de Dios, y que habita en vosotros el Espíritu de Dios?

¿Qué templo en efecto mas santo que un alma en gracia? Como el Espíritu Santo es el principio y origen de la santificación del hombre, la fuente de donde descienden todos los dones y gracias que adornan y perfeccionan el alma, es fácil concebir, que la efusion de este divino Espíritu es la que forma el templo espiritual, en que reside la plenitud de la Divinidad. En confirmacion de esta verdad dixo el principe de los Apóstoles: si fuéreis injuriados en nombre de Cristo, seréis bienaventurados, porque el honor, la gloria y virtud de Dios, como asimismo su Divino Espíritu, descansa sobre vosotros.

Mas aunque este templo espiritual subsista siempre en nosotros mientras perseveramos en gracia, ¿quién ignora que hay tiempos particulares en que el Señor se complace adornar estos templos vivos con una mayor efusion de sus dones? En efecto, co-

mo el Espíritu Santo eligió este Grandia para descender sobre sus Apóstoles de un modo tan brillante y singular, puede decirse que renueva anualmente el misterio de su descenso sobre los justos, y que nosotros celebramos hoy la dedicación de este templo sagrado que llevamos en nuestro interior; porque así como el templo de Salomón fue consagrado por aquel fuego celestial que los israelitas vieron descender sobre la casa del Señor, así la primera consagración de los templos vivos de los fieles se hizo por el descenso de estas lenguas de fuego sobre la cabeza de los Apóstoles, cuya memoria, acompañada de las gracias de este Divino Espíritu, se celebra hoy en la Iglesia con la mayor alegría.

No es pues una visita pasajera la que nos hace. Establece, dice San Agustín, una morada fija y un domicilio permanente dentro de nosotros. Ni se contenta, añade este pa-

dre, con derramar sobre nuestras almas el precioso perfume de su gracia: quiebra, para decirlo así, el vaso que contiene este sagrado bálsamo, para que todas las cosas donde espiritualmente habita queden santificadas. Es pues en esta ocasión cuando las plantas de la casa del Señor deben florecer; cuando los muros de Jerusalén deben ser edificados de piedras preciosas; cuando las almas justas deben hacer progreso en la virtud. Hoy es cuando la alegría, la caridad y la paz, frutos preciosos del Espíritu Santo, se multiplican; cuando las tres Personas de la adorable Trinidad toman una nueva posesión de nuestras almas; cuando los santos son santificados más; cuando el reyno de Dios, que está dentro de nosotros, recibe aumento de fortaleza, de riqueza y de gloria.

Esta efusión del Espíritu Santo se obra sobre los justos por un aumento de luces en el entendimiento,

y una renovacion de fervor en la voluntad. El Espíritu que yo os enviaré, decía Jesucristo á sus discípulos, os dará testimonio de mí. Este Espíritu de luz correrá el velo de vuestros ojos, y os revelará las maravillas de mi ley. Os representará esta religion apoyada sobre una infinidad de testigos, que son garantes infalibles de la verdad; sobre el testimonio, digo, de millones de mártires que han derramado hasta la última gota de sangre en su defensa; sobre las luces de una infinidad de doctores, que en sus escritos han hecho mas brillante la verdad que el sol de medio día; sobre el ejemplo de una innumerable multitud de vírgenes, confesores y anacoretas que han vivido entre las mayores austeridades, por merecer las recompensas eternas; sobre estos libros sagrados, para decirlo de una vez, depósito de la verdad y de las voluntades del Eterno. El Espíritu de ver-

dad que Yo os enviaré, dice Jesucristo, os enseñará todas las cosas. En la cruz, tan ignominiosa en apariencia, os hará ver un trono mas brillante que el de Salomon en toda su gloria. Os representará encadenados los demonios, vencida la muerte, abiertas las puertas del cielo, y rotas las cadenas que aprisionaban el pecador.

Vosotros no ignoráis, señores, las mutaciones maravillosas que este Divino Espíritu obró en aquellas almas felices que su providencia había escogido desde la eternidad para columnas de su Iglesia. Hablo de los Apóstoles, tan tímidos, que desde la muerte de su Maestro no osaban presentarse delante de los que lo habían crucificado, para reprehenderlos por su horrible deicidio. Mas apenas descende sobre ellos el Espíritu Santo; qué intrepidez, qué valor no les infunde! Sabed, dice el Príncipe de los Apóstoles á los

escribas, fariseos y doctores de la ley, sabed que el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ha glorificado á su Unigénito. Este mismo Jesus, que vosotros entregasteis en manos de Pilatos, haciéndole firmar la sentencia de muerte, que él mismo rehusaba, por conocer su inocencia; este Jesus, respecto del cual preferisteis á un malvado homicida; este Jesus, á quien hicisteis morir vergonzosamente, sin atender á que era verdadero justo y autor de la vida; éste es el que Dios ha resucitado, y nosotros somos de ello testigos.

Asi habla aquel apóstol que poco antes temblaba á la voz de una criada. ¡Qué maravilla no causa ver hoy á este hombre, que apenas ha dexado las redes y la barca, empezar las funciones de su apostolado de un modo tan prodigioso! Elevado en un momento sobre la baxeza de su oficio, sobre la obscuridad de su na-

cimiento, y groseria de su lenguaje, enseña los más altos misterios de la religion á los doctores de la ley, á los pontífices de Jerusalén. ¡Qué vergonzosa confusion para los sabios segun la carne! ¿Qué diriais vosotros, filósofos arrogantes, si hubierais visto la conversion de tres mil almas en el primer sermon de este apóstol? ¿Cuál seria, señores, vuestra admiracion, si transportados en espíritu á Jerusalén, hubieseis visto á estos discípulos, tan tímidos poco antes, encendidos en este momento en aquel sagrado fuego que les comunicó el Espíritu Santo, pasar del cenáculo á las calles y plazas públicas, predicar el Evangelio, y anunciar en todas lenguas la Divinidad de Jesucristo?

¿Y terminó en Jerusalén su ministerio? ¿No pasaron bien presto á todas las extremidades del mundo, para encender por todas partes el fuego que los abrasaba? Los tribu-

nales del universo, los teatros, las cárceles; no fueron bien presto santificados por su predicacion, por sus cadenas, por su martirio? *In omnem terram exiit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.* S. Agustin los contempla como antorchas animadas y estrellas inteligentes, que habiendo recibido las luces de la fe en su mismo origen, salen á llevarlas hasta los climas mas remotos y desconocidos. La sabiduría de Dios dispuso que el nacimiento de su Iglesia fuese acompañado de tan grandes prodigios, para que los caracteres de su dedo divino, impresos visiblemente sobre los fundamentos de su religion, permaneciesen indelebles hasta el fin de los siglos. Elige pues la debilidad, para abatir la fuerza, trastorna el imperio del demonio con la cruz: postra al dragon infernal con las manos clavadas; y dispone que unos hombres rudos, y aun bárbaros, segun la expresion del Crisóstomo,

destruyan la idolatría, confundan el orgullo de los sabios y prudentes segun la carne, y exálten la gloria del Crucificado.

Si, señores, el Dios que se sirvió de un debil pastor para postrar al soberbio Goliat, que insultaba al pueblo de Israel; el que hizo descender de la montaña aquella pequeña piedra que echó por tierra la estatua de Nabuco; el que encerró en los cabellos la invencible fuerza de Sanson; el que al sonido en fin de las trompetas trastornó en un momento los muros de Jericó, este mismo hizo descender en este dia su Divino Espíritu sobre el colegio Apostólico, para que destruyesen el culto del demonio, y estableciesen el de Jesucristo. Los milagros, el don de lenguas, las señales visibles que acompañaron este descenso del Espíritu Santo, fueron, dice S. Gregorio, como una lluvia ó rocío fecundo con que la eterna Sabiduría regó este

frondoso árbol de la Iglesia, cuyas ramas se extienden desde el oriente al occidente, desde el aquilon al medio dia. Mas luego que arrojó profundas raíces, y las aves del cielo anidaron entre sus ramas; es decir, cuando los emperadores, los reyes y los mayores sabios abrazaron la fe de Jesucristo, suspendió la providencia el curso de estas gracias visibles y extraordinarias, contentándose con suscitar de cuando en cuando nuevos Constantinos, Teodosios y Fernandos que celen el honor de la Iglesia, contra la cual jamas prevalecerán las puertas del infierno; porque el Espíritu Santo que la dirige y la sostiene, no solo descende sobre ella, aumentando la santidad de los justos, sino tambien obrando la conversion de los pecadores: segunda reflexión, que paso á demostraros con la posible brevedad.

II. No es, señores, la estructura de los templos, ni el aparato ex-

terior quien los hace venerables. La santidad de Dios, que llena al universo por su inmensidad, es la que consagra estas santas casas por una mas íntima presencia. El lugar donde Jacob reposó, y donde vió aquella escala misteriosa por donde subian y baxaban los ángeles; este lugar, digo, aunque desnudo de toda magnificencia, no dexaba por eso de ser un lugar terrible, la casa de Dios y la puerta del cielo. Las piedras que erigian los Patriarcas en testimonio de los beneficios del Señor, y como un monumento de su piedad y gratitud, eran templos que la Magestad de Dios se habia dignado consagrar, ó por apariciones maravillosas, ó por visiones proféticas.

¿Qué diremos pues del hombre, criado á imagen de Dios, redimido con la sangre de su Unigénito, nutrido con su Carne, santificado por su gracia? ¿No deberá ser un templo mas digno del Señor, que los

construidos por mano de los hombres? El mas santo de estos templos fué sin duda Jesucristo. Él mismo tomó este bello nombre quando dixo hablando de su resurreccion, que destruiria el templo de su Cuerpo, y que lo reedificaria dentro de tercero día. Ademas, todos los justos que participan por medio de la gracia de la uncion de la Divinidad, ¿ no son templos de Dios en su interior? Oid á S. Pablo. ¿ Ignorais, dice á los fieles de Corinto, ignorais que sois templo de Dios, y que habita en vosotros el Espiritu Santo? Si tuviérais una fe viva, descubririais las bellezas de un alma en gracia, y los secretos atractivos que arrebatan el corazon de su celestial Esposo. Veriais estas ocultas riquezas de la hija de Sion, que saca de su interior toda su gloria: conoceriais la razon porqué el Señor mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres; y mirariais con el

mayor horror al pecado, que es únicamente el que os puede privar de tanta felicidad; y para decirlo de una vez, prefeririais con el Profeta ser los últimos en la casa del Señor á ocupar las primeras sillas en los tabernáculos de los pecadores.

Mas á proporcion que un alma justa presenta un tan bello espectáculo á los ojos de la fe, nada hay mas odioso que un alma desfigurada por la culpa. Jeremías nos la representa negra como el carbon: *Denigrata est sicut carbones*. Extinguido en ella el fuego del amor y de la caridad, nada hay mas horrible, nada mas tenebroso. Es un templo profanado, arruinado, negro por los humos del fuego infernal de la concupiscencia y del incienso sacrilego que en él se ha quemado al ídolo Dagon.

Traed, os ruego, á la memoria la triste y deplorable descripcion que hace el Espiritu Santo de la profanacion del templo de Jerusalén en el

libro primero de los Macabeos. Despojado el tabernáculo de sus adornos, y cubierto de inmundicias; los tesoros y los vasos sagrados abandonados al pillage; interrumpidos los sacrificios, y un ídolo exécrable colocado sobre las alas de los querubines; la sangre de los sacerdotes y de los levítas derramada en lugar de víctimas; todo en fin entregado á la avaricia y á la impiedad de Antíoco. ¡Qué triste, pero que natural pintura de un alma manchada por la culpa!

¡Ah! si en el momento que aqui hablo nos mostrára Dios las abominaciones de su pueblo, como en otro tiempo al profeta Ezequiél, ¡qué multitud de reptiles y animales inmundos, figuras de las pasiones dominantes, no veriamos ocupar en los corazones el lugar que debia habitar solamente el Señor! ¡qué de clavos de la fortuna, que vueltos de espaldas al altar, no reconocen mas

Divinidad que la ambicion y las riquezas! Veriamos una idolatría abominable derramada sobre la faz de la tierra, y al mundo substituyendo el lugar de Dios.

Tal era, señores, el universo cuando el Espíritu Santo descendió á purificarlo. Casi todos los hombres eran templos manchados por la culpa. La carne toda, no menos que en tiempo de Noé, habia corrompido sus sendas, y Dios la hubiera destruido, si la Sangre del inocente Abél, que acababa de morir sobre la cruz, no hubiese clamado *miseri-cordia* á favor de tanto delincuente. La Sangre adorable de Jesucristo habia ya arrojado el gérmen de conversion en el corazon de muchos judios. Los testigos de los prodigios que acompañaron su muerte, cuando se retiraron del calvario se daban golpes en el pecho, confesando que era verdadero hijo de Dios.

Mas estos primeros momentos de

compuncion no hubieran tenido consecuencia, si el Espíritu Santo, á quien S. Agustin llama *Vicario de Jesucristo*, no hubiese acabado su obra. Cuando oyeron pues predicar su Divinidad y su Resurreccion, la gracia del Espíritu Santo hizo nacer prontamente frutos dignos de penitencia de la simiente que la Sangre del Salvador habia arrojado. ¿Qué harémos, dicen á S. Pedro, para expiar nuestra culpa? Siete mil conversiones fueron el fruto de los dos primeros discursos de este Apóstol. El nombre de Jesucristo resucitado resuena por todas partes: los oráculos de su Evangelio son públicamente anunciados en el templo, donde los sacerdotes y pontífices conjuraron contra su vida. El rebaño primitivo de los cristianos se multiplica diariamente, y el sepulcro de la Sinagoga viene á ser bien presto la primera silla de la Iglesia. No obstante, la virtud de la San-

gre de Jesucristo no obraba aún sino en Jerusalén, donde habia sido derramada. Los Apóstoles, estas nubes misteriosas que vió Isaias destinadas á derramar sobre todos los pueblos un rocío divino y saludable, con arreglo á lo dispuesto por su Maestro, trabajaban al principio en congregar las ovejas dispersas de Israel. Mas el Espíritu Santo, como un viento favorable y vehemente, llevará bien presto estas nubes por todo el mundo, para derramar, como dice S. Pedro, la lluvia fecunda de la Sangre del Salvador: *In aspersionem Sanguinis Jesu Christi*: bien presto hará que se resuelvan en copiosas aguas, que conducidas por los torrentes de la predicacion, inundarán toda la tierra: *Flabit spiritus ejus, et fluent aque*: bien presto suscitará entre otros, un Apóstol de las naciones, que de las mismas piedras hará salir hijos de Abraham, y congregará los dispersos de Israel.

¡Que no pueda yo, señores, detenerme á tratar con extension de las operaciones del Espíritu Santo en la conversion de este grande Apóstol, obra maravillosa de la gracia, y su mas fiel obrero! Baste decir, que el Espíritu Divino lo convirtió en un momento de león en cordero, de perseguidor de la Iglesia en vaso de eleccion, destinado por la Providencia á llevar el nombre de Jesucristo ante los príncipes y reyes de la tierra. Él corrió con pasos de gigante por casi todo el mundo habitado. Hasta nuestra España fué santificada por sus plantas, é iluminada por su predicacion. Esta nube misteriosa y benéfica difundia por todas partes la lluvia de la celestial doctrina del Evangelio, plantaba iglesias, y el Espíritu Santo daba incremento á estas nuevas plantas, que dieron bien presto copiosos y dignos frutos de penitencia.

Asi lo testifica el mismo Apóstol;

y S. Cipriano observa, que el Divino Espíritu apareció siempre baxo símbolos análogos á las operaciones de la gracia, en la conversion de los pecadores. Ya aparece sostenido sobre las aguas, porque lava las manchas del pecado con las lágrimas de la contricion; ya en forma de fuego, porque purifica las almas por el ardor de la caridad; ya baxo el símbolo de paloma, para denotar, que eleva las almas apoyadas en las alas de la fe, sobre los sentidos y afecciones terrenas. Esta paloma, dice San Agustin, es la que gime y suspira en las almas penitentes. ¿Cómo en efecto podrian ellas gemir, si la gracia del Espíritu Santo no les comunicase lágrimas que desarmasen la justicia del Padre?

¡Felices palomas las que entraren hoy en el arca con el ramo de oliva, llevando en su pico y en su corazon señales verdaderas de su reconciliacion con Dios! ¿Las reconoceis vo-

sotros en vuestra conversion, señores? ¿Da vuestro interior pruebas de haber recibido al Espíritu Santo? ¿Oís en el fondo de vuestra alma los gemidos de esta paloma; esto es, los sollozos de vuestro arrepentimiento? ¿Habeis purificado el templo interior de vuestras almas por medio del sacrificio de un corazón contrito y humillado? ¿Habeis dicho al Señor con los sentimientos penitentes del Profeta, no me arrojéis de vuestra presencia, ni me priveis de vuestro Divino Espíritu? ¿Habeis repasado con amargura de corazón los años de vuestra vida? ¿Estais resueltos á abrazar los ejercicios de penitencia? Indispensable es, señores, que los que han contristado al Espíritu Santo, y violado el templo de Dios, como dice el Apóstol, sean rigurosamente castigados.

Si quereis pues restablecer el templo de Dios en vuestro interior, es necesario que á imitacion de los is-

raelitas cuando purificaban el templo de Jerusalén profanado por Antíoco, edifiqueis con una mano, y con la otra os defendais de vuestros enemigos; es decir, que debeis por una parte combatir contra los vicios, y por otra trabajar en el edificio de las virtudes; abandonar las sendas torcidas de la iniquidad, y seguir la recta de la justificacion; desnudaros del hombre viejo criminal, para vestiros de Jesucristo; abandonar el mundo corrompido, sus pompas, sus vanidades y la soberbia de la vida, para recibir la gracia del Espíritu Santo, que no solo descendió sobre su colegio, sino diariamente desciende sobre nosotros, con el designio de aumentar la santidad de los justos, y de obrar la conversion de los pecadores.

Venid; Espíritu consolador! venid sobre nosotros. Arrojad un rayo de vuestra luz inaccesible, que disipe las tinieblas de nuestro entendi-

miento. Enviadnos el fuego ardiente de vuestro amor y caridad, que derri- ta nuestro corazon como una blan- da cera. Hacednos arrojar profundos gemidos, que nazcan de un verdadera ro dolor de nuestras culpas, y lágri- mas abundantes que purifiquen nues- tras manchas, á fin de que se renue- ve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Amen. Dixit.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMON IX.

De la Asuncion de María santísima.

Veni coronaberis. Cant. IV.

¡Qué consuelo, Iglesia santa! ¡qué dulce confianza no deben inspirarte estas palabras dirigidas á la Madre del casto amor en el momento de su Asuncion al trono de su gloria! momento feliz, destinado por Dios para ensalzar las humillaciones de su Madre, y coronar sus heroicas vir- tudes. ¡Ó muerte de María! ¡qué preciosa fuistes á los ojos del Señor! Ni tu cercania causó en ella temor, ni dolor tu presencia. Tú enxugaste sus lágrimas, anunciaste su triunfo, colmaste sus deseos, haciéndola ele-



miento. Enviadnos el fuego ardiente de vuestro amor y caridad, que derri-
ta nuestro corazon como una blan-
da cera. Hacednos arrojar profundos
gemidos, que nazcan de un verdadera-
ro dolor de nuestras culpas, y lágrimas
abundantes que purifiquen nues-
tras manchas, á fin de que se renue-
ve hoy vuestra gloria en el templo
de nuestras almas. Amen. Dixit.



SERMON IX.

De la Asuncion de María santísima.

Veni coronaberis. Cant. IV.

¡Qué consuelo, Iglesia santa! ¡qué
dulce confianza no deben inspirarte
estas palabras dirigidas á la Madre
del casto amor en el momento de
su Asuncion al trono de su gloria!
momento feliz, destinado por Dios
para ensalzar las humillaciones de su
Madre, y coronar sus heroicas vir-
tudes. ¡Ó muerte de María! ¡qué
preciosa fuistes á los ojos del Señor!
Ni tu cercania causó en ella temor,
ni dolor tu presencia. Tú enxugaste
sus lágrimas, anunciaste su triunfo,
colmaste sus deseos, haciéndola ele-

varse sobre un trono de gloria, donde reynará eternamente.

No juzgueis pues, señores, de la muerte de María por la de los demás mortales. De estos el mas intrépido se turba en aquella hora, según la expresion del Espíritu Santo. La memoria de lo pasado, el dolor de lo presente, y el temor de lo futuro, todo le atormenta y le sirve de suplicio. El mundo que huye, el sepulcro que le espera, la eternidad que se acerca, la conciencia que le acusa, y la idea de un Dios justo, en cuyas manos va á caer, ¿no son otros tantos motivos de afliccion para el moribundo?

Mas nada de esto sucede en orden á María. Exenta de la culpa original, y libre de toda culpa actual, su muerte fué un dulce sueño. Rinde su espíritu á esfuerzos de su ardiente caridad. El Criador, que la habia privilegiado en vida con dones tan singulares, quiso privilegiarla en su

muerte, llamándola para ser coronada: *Veni coronaberis*. Goza desde luego delicias inefables, y su santo cuerpo, como piadosamente se cree, es elevado del sepulcro sin disminucion ninguna, y conducido en triunfo al cielo, donde goza en cuerpo y alma de una gloria correspondiente á sus heróicas virtudes y á su eminente dignidad de Madre de Dios. Consideremos pues, y sirva de materia para un breve discurso, *las prerogativas de su muerte y las de su gloria*. Pidamos la asistencia del Espíritu Santo por la poderosa intercession de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave María*.

Veni coronaberis &c.

No son los que aspiran á la perfeccion, si los que ya la han obtenido, dice S. Agustin, los que

gustan la dulzura en las cercanías de la muerte. El varon perfecto, añade, gime continuamente en este valle de lágrimas. La dilacion de llegar á la patria que tanto desea, le sirve de gran pena. Desea por instantes ser desatado de los vínculos que lo detienen, para estar y reynar con Cristo, como se explica el Apóstol. Mas en el momento de su muerte gustará este justo perfecto inexplicables delicias y dulzuras, y morirá en transportes de alegría: *Qui perfectus est, delectabiliter moritur.*

Con arreglo á estos principios, debemos juzgar, señores, del tránsito de María. Superior en perfeccion á todos los justos, y solo inferior á Dios, muere entre los mas dulces transportes de amor y de alegría. Sumisa á las disposiciones del Altísimo, que la habia dexado sobre la tierra despues de la Ascension de Jesucristo, dirigia al cielo sus mas ardientes votos, clamando con el

Profeta: ¿qué amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Mi alma desfallece por tus átrios. ¡Ó Salvador del mundo! ¿cuánto se prolonga mi morada en este valle de lágrimas! Vos sois mi Hijo y mi Dios; yo vuestra sierva y vuestra Madre. ¿Porqué estoy separada tanto tiempo de Vos?

Un alma tan pura, animada de tan ardiente caridad, y que se lanza con tanta vivacidad ácia su centro, que es Dios, ¿sentiria alguna amargura al considerar su muerte próxima? ¡Ah! su cercano tránsito la llena de dulzura y de inefable alegría. Contempla, dice un sabio, la gloria que le está preparada, y fija su vista en los montes eternos, juzga gozar ya de su amado por anticipacion. Oye gózosa la voz del Esposo, que la llama para coronarla; y á la violencia del amor divino, se separa el alma de su cuerpo. Los dias de su destierro son pasados, y el

momento de su triunfo y de su gloria es venido. Del desierto de este mundo sale colmada de delicias, apoyada sobre su amado, elevada por los ángeles, y colocada sobre un eminente trono de gloria: *Delectabiliter moritur.* ¿Gozaréis vosotros, señores, de semejantes delicias al acercarse vuestra muerte? ¿Tendréis la dulce confianza del justo en estos terribles momentos? Acercaos al lecho de un moribundo. No hablo precisamente de aquel hombre de iniquidad, que después de haber cometido tantas iniquidades á sangre fría, da por medio de su turbacion un homenaje público á la religion que ha profanado. Ni hablo solamente de aquellos mundanos, que fixos de por vida en lo terreno, son en aquella hora poseídos de un temor horrible, considerando los cortos momentos que les quedan para ordenar sus negocios domésticos, reparar sus contratos usurarios, exáminar su conducta es-

candalosa, precibir los santos Sacramentos, y expiar tantos años criminales, antes de caer en las manos de Dios vivo y Juez inexorable. Hablo también de un justo moribundo. Yo le veo temblar en las cercanías de la muerte: no porque descendiendo al sepulcro, sino porque teme el juicio del Señor, que halla manchas hasta en sus mismos ángeles. Los Hilario-nes y Gerónimos deseaban morir por gozar de Dios, pero temian el juicio del Soberano Juez. Estaba, señores, reservado á María el singular privilegio de gozar en esta hora seguridad, gozo y transportes de alegría, en premio de su heroico desprendimiento del mundo y de su eminente santidad. Los placeres, las riquezas, los honores, los cetros y demas ideas seductoras del mundo no habian tenido entrada en su alma, ni podido calmar sus ardientes deseos de salir de este valle de lágrimas, para unirse á su

amado, que solo era el que llenaba su corazón. La muerte sola podía servir de término á sus ardientes suspiros por la posesion del soberano bien. Mas en este momento, ¿qué dulces transportes de alegría! ¿qué ardor de caridad no inunda su alma al oír la voz de su Hijo que la llama! Solo María es capaz de referir las maravillas que obró Dios en el precioso tránsito y dulce sueño de la separacion de su alma y cuerpo. Nosotros solo podemos decir, que así como su alma en las cercanías de su separacion del cuerpo gozó por anticipacion de las delicias del cielo, así tambien su cuerpo, despues de la muerte, goza por anticipacion del privilegio de glorioso.

El sepulcro de la raíz de Jesé debia ser glorioso segun el vaticinio de Isaías, que quiso denotar la Resurreccion de Jesucristo. El Rey profeta conoció asimismo, que el Mesías, el Santo de los santos no

padeceria diminucion ni corrupcion alguna en el sepulcro. De aqui infieren los padres de la Iglesia, que el Señor se dignó hacer tambien glorioso el sepulcro de su Madre, elevándola en alma y cuerpo al seno de su gloria. Asilo creemos piadosamente con la Iglesia. Es verdad, dice San Agustin, que la escritura nada nos refiere sobre la materia; pero como la Iglesia celebra y reverencia esta Asuncion gloriosa, es necesario inquirir una razon sana y libre de preocupacion; que nos induzca á adoptar la verdad. *Divina Scriptura nihil commemorat, inquirendum est ratione, quod conveniat veritati.* Y si preguntais á este santo Doctor ¿qué razon es esta? Os responde inmediatamente; que el origen de esta incorrupcion y Asuncion gloriosa de María consiste en que su carne es la de Jesucristo: *Caro Jesu, caro Marie.* ¿Qué principio tan fecundo de reflexiones convincentes sobre la ma-

teria! ¿qué irrefragable argumento de esta singular prerogativa de María! Qué ¿sería presa de gusanos aquella carne sacrosanta que había suministrado la del mismo Jesucristo incorruptible? La carne de María, siendo una misma con la de su Hijo, ¿estaría largo tiempo sujeta á los horrores del sepulcro? Dios que la preservó de toda culpa, que la hizo Madre Virgen, ¿no quiso al fin exaltarla con brazo omnipotente? El divino Salomon ¿no ha colocado á su diestra á la Reyna del cielo? ¡Ah! no busqueis en el sepulcro, dice el Damasceno, á la que ha sido conducida en triunfo á los eternos tabernáculos. Los ángeles han llevado al cielo este sagrado cuerpo, dexando en el sepulcro solamente el sudario. Convenia, dice S. Buenaventura, que esta Arca sacratísima de Dios vivo fuese exenta de las humillaciones y consecuencias de la muerte, y que elevada sobre los montes eternos,

gozase por anticipacion una completa gloria correspondiente á su incomparable dignidad y á su santidad eminente.

Este privilegio de María no es, señores, una pura invencion de falsos devotos y de fieles poco ilustrados, como pretenden ciertos críticos temerarios. Es una piadosa creencia de la Iglesia, y el sentir de sus mas grandes doctores. Veo los sepulcros de los siervos de Dios, dice el Crisóstomo, mas brillantes que los palacios de los emperadores. Veo que sus huesos por la virtud del Omnipotente renuevan las milagrosas curaciones que hacian los Apóstoles. Véolos adornados de trofeos, erigidos á la santidad de sus héroes. Veo á los soberanos de la tierra implorar su proteccion postrados en su presencia. ¿Supondré con temeridad que el sepulcro de María es un lugar de humillacion, y que su santo cuerpo ha sido entregado á todos

los horrores del sepulcro? ¡Ah! lejos de aquí, ideas insensatas.

¡Mi piedad, señores, me hace creer piadosamente con la Iglesia, que este sagrado cuerpo, de cuya sangre fue formado el de Jesucristo, fue conducido al cielo por los ángeles. Privilegio singular; pero apoyado en los monumentos eclesiásticos. En vano pretenden algunos críticos morosos, que el sepulcro de María, igualmente que el de Moyses, es un misterio oculto á los mortales, ignorado hasta de presente. Si hubieran registrado los anales de la Iglesia, hallarian que el emperador Marciano y Pulcheria vieron y visitaron en Gethsemani este lugar santo: hallarian haberselos mostrado Juvenal, obispo de Jerusalen: hallarian haberles testificado, que este sagrado cuerpo habia sido allí depositado; pero que no siendo digna la tierra de poseer y conservar tan gran tesoro, los ángeles lo habian

conducido en triunfo al cielo: hallarian que la piedad de estos emperadores habia construido alli mismo un templo magnífico que sirviese de eterno monumento; erigido á la gloria anticipada de este santo cuerpo. ¿Cómo han podido ignorar unos hechos testificados sin oposicion por el espacio de quince siglos? Por otra parte, aun quando quisieramos decir que el sepulcro de María estuvo en Efeso, apoyados en una epistola del concilio general, celebrado alli contra Nestorio, ¿seria por esta razon menos glorioso, dice un sabio? ¿ó deberá hacernos mas fuerza la asercion de algunos criticos, que la constante tradicion de tantos siglos? Cedamos pues con sumision á la autoridad de los padres que testifican esta gloriosa Asuncion, y á la piedad de la Iglesia que la reverencia y la publica. La razon en que S. Agustín se apoya es incontestable. Si la carne de Jesucristo

es la de María, ¿quién osará negarle esta prerrogativa? ¿No ha sido ella participante de las humillaciones y dolores de Jesucristo en el calvario? ¿porqué no participará de su consolacion, con arréglo al principio de S. Pablo? Si el sepulcro de Jesucristo ha sido glorioso, conforme al vaticinio de un profeta, ¿porqué no lo será proporcionalmente el de María su verdadera Madre? ¿Pero qué digo? Apoyados en la piadosa creencia de la Iglesia, ¿quién no ve á la naturaleza elevarse sobre sí misma para seguir nuevas leyes, renunciando las comunes? ¿Quién no ve á este animado promontorio de resplandor penetrar y dilatarse sobre las mas altas esferas? ¿Quién no ve á María elevada sobre las alas de los vientos penetrar los cielos? ¿Quién no oye la voz del Padre Eterno que la dice: ven, hija mia, paloma mia, mi muy amada, mi única, mi escogida, ven á ser coronada? ¿Quién

no oye al Hijo decirle: ven, Madre mia, que con tanta verdad me engendraste en la plenitud del tiempo, como mi Padre celestial me engendra en el esplendor de los santos? Ven, inseparable compañera en mis aficciones, ven á ser coronada. ¿Quién no oye al Espíritu Santo, que la dice: ven, Esposa mia muy amada, relicario de las virtudes, tabernáculo de Dios Altísimo, ven á recibir la corona? Alzad las puertas, príncipes de la gloria, y entrará vuestra Reyna. Entonad dulces cánticos é himnos de alegría para celebrar este triunfo. Regocijaos, milicia celestial, á presencia de tan nuevo suceso; y temblad vosotros, príncipes de las tinieblas, estremeceos, gigantes del abismo, porque ha subido á poseer su trono aquella muger verdaderamente fuerte que debía quebrantar vuestra cabeza. ¡Inteligencias sublimes! dad gloria á Dios en las alturas, y confesad

abiertamente, que solo á él se debe el honor, la gloria, la virtud y la accion de gracias por el solemne triunfo de vuestra Reyna, que no solo ha obtenido privilegios singulares sobre la tierra, sino tambien en el cielo. Segunda reflexion del discurso, que paso á exponer con brevedad.

II. En la casa de mi Padre, dice Jesucristo, hay muchas mansiones. Las piedras preciosas del edificio eterno de la celestial Jerusalén estan colocadas en su orden por la sabiduría del supremo Artífice. La medida de las recompensas es proporcionada á la extension de los méritos. Así aunque todos los justos estan como embriagados entre torrentes de gozo y alegría viendo á Dios como es en sí: aunque son otros tantos astros resplandecientes por la luz que el Señor les comunica, difieren no obstante en la claridad, á imitacion de las estrellas, segun la comparacion de S. Pablo. De aqui se sigue por

una consecuencia legítima, que en el cielo, no menos que en la tierra, hay grados diferentes y distintas gerarquías. Con arreglo á estos principios, consideremos en María el eminente grado que en el cielo obtiene, y el crédito que goza en la presencia de Dios. Seguidme sin desmayar.

No es mi ánimo, señores, osar temerariamente descubrir el fondo inefable de felicidad que goza María en el cielo. No pretendo ser curioso investigador de la Magestad, temeroso de ser oprimido por su gloria. Sin profundizar pues el misterio de esta exáltacion, me contento con decir, que en virtud de este solemne triunfo fué María elevada sobre todo lo que no es Dios. Hé aqui el sentir de los Ambrosios, Gerónimos, Agustinos, Bernardos, Anselmos, para omitir otros muchos, que hablando de la Asuncion de María, admirantan singular prerogativa.

Para poner á buena luz esta ver-

dad, no son necesarias, dice un sabio, descripciones pomposas que lisonjeen vuestros sentidos. Bastará reflexionar con estos padres, que habiendo sido María la criatura mas privilegiada, la mas humilde, la mas fervorosa y de mas alta dignidad sobre la tierra, era consiguiente su exáltacion en el cielo sobre todo lo que no es Dios. Ser Madre y Virgen juntamente, hé aqui, dice San Bernardo, un privilegio singular, concedido únicamente á María, y que ninguna otra criatura obtendrá jamas. El grado pues de su gloria, el esplendor de su triunfo debe ser correspondiente á su altísima dignidad. Apoyados en este principio los mas santos doctores, forman de solo María una gerarquía singular entre Dios y los santos. Consideranla colocada sobre un trono á los pies de Jesucristo, donde todos los que gozan de la eterna inmortalidad admiran con respeto la inefable gran-

deza de la verdadera Madre del Unigénito de Dios.

¿ Mas para qué me detengo y os molesto? ¿ No la saluda la Iglesia como á Reyna del cielo? ¿ No la invoca como á Reyna de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, y para decirlo de una vez, no la proclama Reyna de todos los santos? ¿ Qué quiere decir esto, sino que solo es inferior á Dios? La plenitud de gracia que recibió sobre la tierra ¿ no es un irrefragable testimonio de la plenitud de gloria que obtuvo en el cielo? Á las demas criaturas, dice S. Gerónimo, se les ha dado con medida; no así á María, que recibió la plenitud: *Ave María gratia plena.*

Ademas, esta plenitud de gloria ¿ no era correspondiente á su profunda humildad? ¿ No será mayor en el Reyno de los cielos, segun el Evangelio, el que hubiere sido mas humilde sobre la tierra? ¿ Y quién mas

humilde, os ruego, que María? ¿Á cuál de sus escogidos ha hecho el Señor pasar sobre la tierra por pruebas de mayor humillacion que á María? ¿Cuál de ellos las ha tolerado con igual fidelidad? Aun cuando no tuviesemos otro monumento de su humildad que el cántico que entonó ella misma en casa de su prima Isabel, denominándose esclava del Señor la que él ha elegido por Madre, ¿no bastaria para probar que fué la mas humilde de todas las criaturas? ¿Qué se sigue de aquí, sino que fué la mas elevada? S. Juan en su Apocalipsis nos la representa baxo los símbolos mas brillantes. Vió abrirse el templo de Dios, y apareció una muger revestida del sol; la luna estaba á sus pies; y por corona tenia doce estrellas. Sin embarazarnos por ahora en las sabias interpretaciones de los comentadores, ¿no podremos, dice un sabio, mirar con la Iglesia esta pomposa descripcion como una

imágen natural de la gloria de María en el cielo, y del lugar distinguido en que Dios la ha colocado por su humildad profunda, por la plenitud de gracia con que fué dotada, y por la incomparable dignidad á que fué elevada?

¿Qué ideas de tanto consuelo, miserables hijos de Adán! María exáltada á la diestra del divino Salomon y Rey de la gloria, ¿qué poderosa medianera! ¿Qué no podrá obtener á beneficio de sus hijos una Madre tan tierna, tan poderosa, tan benéfica? Ella, segun los padres, es la puerta del cielo, el árbol de la vida, redentora con el Redentor, víctima con el Cordero sin mancha, y torre fortísima de David, de donde estan pendientes mil escudos inexpugnables, para que podamos prevalecer contra todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

Tenemos, es verdad, tenemos, dice S. Pablo, un Abogado perma-

nente para con el Padre, que es Jesucristo justo, que intercede continuamente por nosotros, y que siempre es oído por la reverencia que le es debida. Mas esto, señores, no impide la alta proteccion de María, tanto mas eficaz, quanto mas próxima á Dios. Jesucristo es Abogado, pero sin dexar de ser Juez y Dios ofendido. María asimismo por un efecto de su exáltacion á la diestra del Esposo, es Abogada; pero de distinto modo. Jesucristo es Abogado de *propiciacion*, porque es la hostia pacífica é inmolada que satisfizo por nuestros pecados. María es Abogada de *intercesion*, que atrae sobre nosotros innumerables beneficios, no sacados de su propio fondo, sino alcanzados por sus ruegos del infinito é inagotable mérito de la pasion y muerte de su Hijo, origen y principio de todo bien. ¿Qué no podrá pues obtener á beneficio nuestro?

No diré yo, señores, no diré por

un exceso de piedad y falsa devocion, que tiene María autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha condenado su Unigénito. Esto en lugar de elógió, sería una atroz injuria contra Jesucristo y contra María. Pero diré con la Iglesia, que ella á exterminado todas las heregías: diré que ha trastornado las aras de los ídolos y los templos del gentilismo, haciendo cesar en sus altares la efusion de sangre humana: diré que puede mejor que Moisés contener las venganzas del Señor contra un pueblo infiel: diré que su poderosa intercesion debe inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onías y Jeremías á Judas Macabeo: diré con toda la Iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce á María por su Madre, y que inclinado á las súplicas de tan augusta medianera, derrama sobre su pueblo innumerables beneficios: diré en fin con San

Bernardo, que esta singular protectora está colocada entre Cristo y su Iglesia, y que es el canal por donde descienden á ella todas las gracias.

Agregad á esto, que es igualmente benéfica que poderosa. La Iglesia en efecto la saluda como á Madre de misericordia y Virgen clementísima. Los templos consagrados á Dios en honor de esta gran Reyna, ¿no son como el Arca del Testamento en casa de Obededon, una fuente inagotable de bienes espirituales y temporales para todos los que debidamente la invocan? Recorred los anales de las diferentes naciones que se glorían estar baxo la tutela de María, y hallaréis los mas preciosos monumentos de gratitud por los beneficios recibidos.

¡Que no pueda, señores, detenerme á presentaros aqui los ilustres trofeos que penden en nuestros templos, como eternos monumentos de la beneficencia de María! ¿Qué rey-

no, qué provincia de las de este vasto imperio no ha experimentado el carácter benéfico de María? ¿Qué cuerpo ya eclesiástico, ya militar, ya civil, ya literario no ha recibido beneficios de María? Y contrayéndome á vosotros mismos, ¿cuántas veces no habeis sido socorridos en vuestras necesidades espirituales y temporales por la benéfica intercesion de María? ¿Quién no ha sido testigo de su proteccion en las urgentes necesidades de hambre, peste y guerras? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas no habeis sido por su mediacion prevenidos con bendiciones de suavidad y de dulzura, que os han preservado de caer en el abismo de la culpa? ¿Quién hay, para decirlo de una vez, que no haya experimentado el calor de su misericordia?

¡Consolaos, Esposa del Cordero, Iglesia santa! dexad los vestidos de

luto, y adornaos con los de alegría. Vuestra Reyna poderosa, vuestra Madre benéfica, y llena de misericordia, habita ya en cuerpo y alma en las alturas. Ya ha triunfado de la muerte, y ocupa un trono de magestad y de gloria, solo inferior al de Dios. Su altísima dignidad y sus heroicas virtudes la han elevado á esta grandeza. Colocada entre vos y Jesucristo, es vuestra poderosa Abogada. Pedidla pues, y recibiréis. El divino Salomon no rehusará las peticiones de esta Madre tan amada y tan llena de piedad.

¿Qué resta pues, señores, sino que vosotros, como fieles hijos de la Iglesia, y verdaderos devotos de María, aviveis vuestra fe y alenteis vuestra confianza, para pedirla la exáltacion de vuestra comun madre, la paz y concordia entre los reyes y príncipes cristianos, la exterminacion de los errores, la conversion de los pecadores á saludable penitencia, y final-

mente, que el nombre de Jesucristo sea universal y dignamente alabado en los cielos y en la tierra? Amen.

DIXE.

O. S. C. S. R. E.

M. Fr. Sebastian Sanchez

Sobrino.

NOTA.

Los ocho primeros discursos de este décimo tomo son en gran parte analíticamente extractados de las obras del célebre orador du Jarry. Hago esta protexta, porque aunque mi trabajo ha sido mucho en acomodar sus oraciones á mi estilo, frase y justa dimension que debe tener un discurso, para que ni el ministro del Evangelio ni los oyentes desmayen por su demasiada extension; seria injusto privarle por un silencio criminal de la gloria literaria que le es debida, como autor de los pensamientos y de la mayor parte de sus pruebas.

El tomo XI. será la Septena Dolorosa.

INDICE

De los Sermones contenidos en este tomo.

- Sermon I. Para el día de la Encarnacion del Verbo Eterno. Pág. 1.
Sermon II. Para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. 29.
Sermon III. Para el dia de la Circuncision. 59.
Sermon IV. Para el dia de Reyes. 85.
Sermon V. Para el dia de la Purificacion. 107.
Sermon VI. Para el dia de la Resurreccion de Jesucristo. 131.
Sermon VII. Para el dia de la Ascension. 155.
Sermon VIII. Para el dia de Pentecostés. 181.
Sermon IX. Para el dia de la Asuncion de nuestra Señora. 207.

INDICE

De las sermones contenidos en este



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Roll 67 MICROFILMADO 185/83

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





B
S
E NUEVA
C
BIBLIOTECA